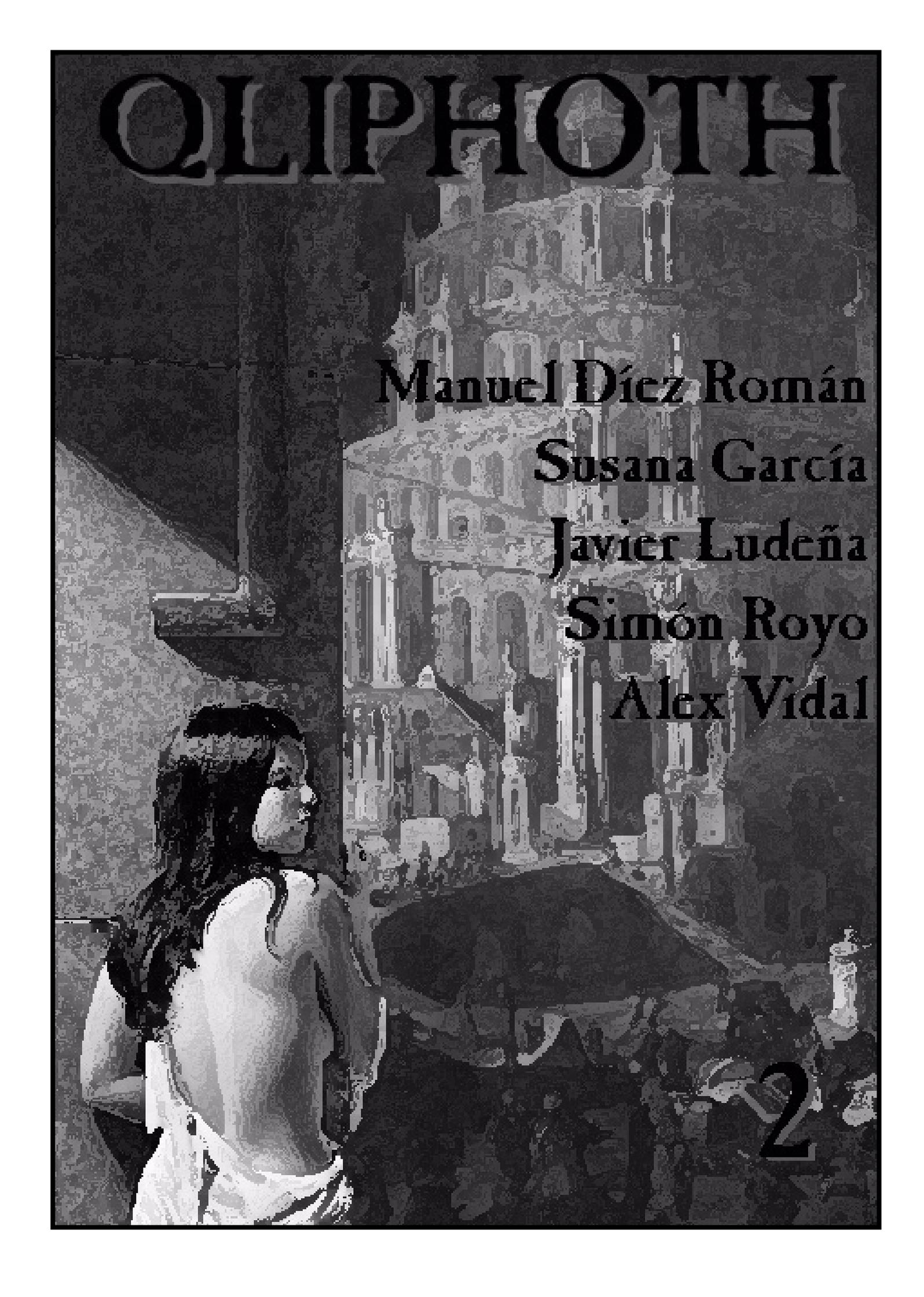


# QLIPHOTH



Manuel Díez Román

Susana García

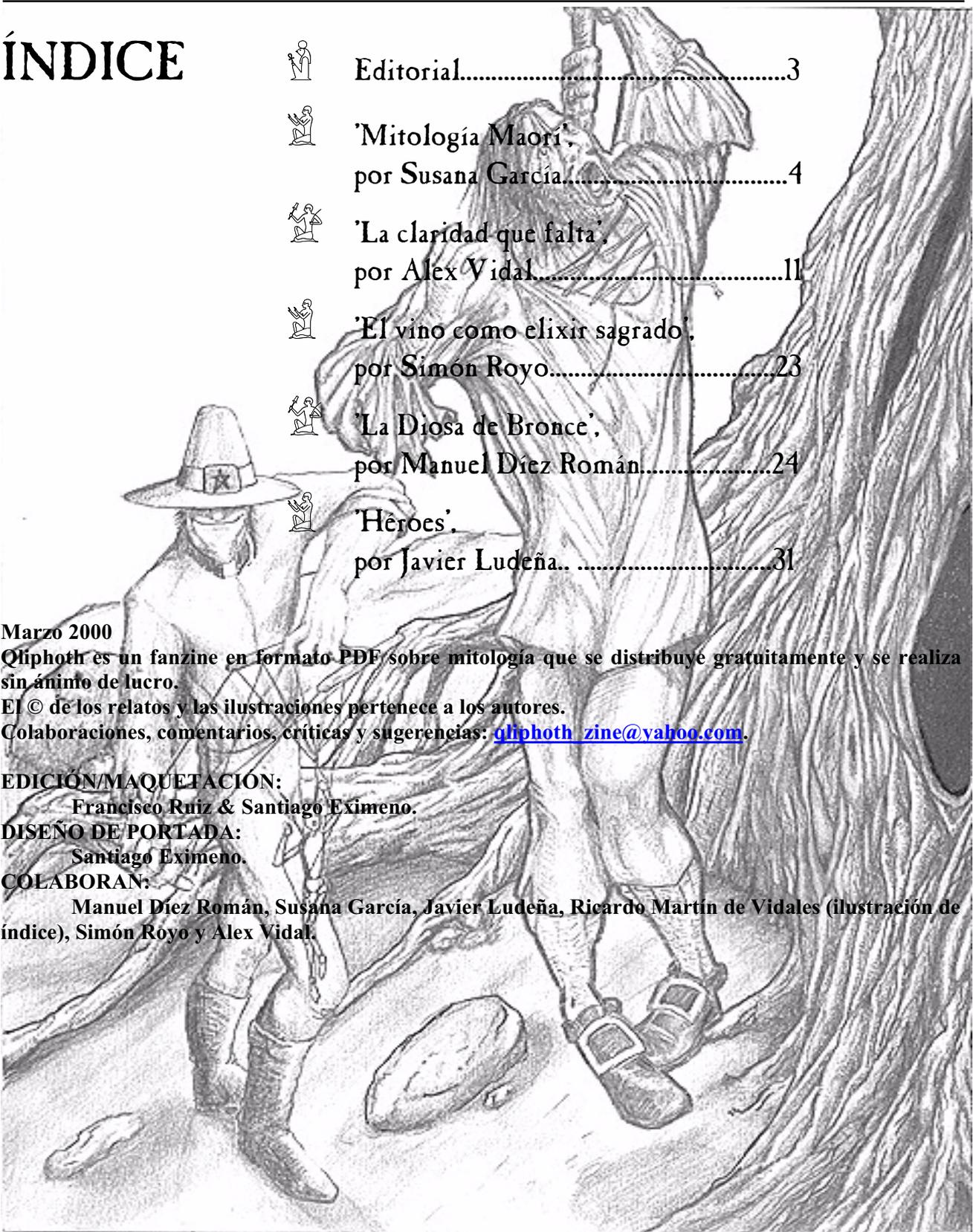
Javier Ludeña

Simón Royo

Alex Vidal

2

## ÍNDICE



	Editorial.....	3
	'Mitología Maorí', por Susana García.....	4
	'La claridad que falta', por Alex Vidal.....	11
	'El vino como elixir sagrado', por Simón Royo.....	23
	'La Diosa de Bronce', por Manuel Díez Román.....	24
	'Héroes', por Javier Ludeña.. ..	31

Marzo 2000

Qliphoth es un fanzine en formato PDF sobre mitología que se distribuye gratuitamente y se realiza sin ánimo de lucro.

El © de los relatos y las ilustraciones pertenece a los autores.

Colaboraciones, comentarios, críticas y sugerencias: [qliphoth\\_zine@yahoo.com](mailto:qliphoth_zine@yahoo.com).

### EDICIÓN/MAQUETACIÓN:

Francisco Ruiz & Santiago Eximeno.

### DISEÑO DE PORTADA:

Santiago Eximeno.

### COLABORAN:

Manuel Díez Román, Susana García, Javier Ludeña, Ricardo Martín de Vidales (ilustración de índice), Simón Royo y Alex Vidal.

## EDITORIAL

### *El arte de la magia*

*Durante varios meses, desde el inicio de nuestra andadura en el mundo editorial, hemos buscado una palabra que, en sí misma, pudiera definir por completo a nuestros creadores, aquellos que con sus artículos y relatos dan vida a este humilde manuscrito. Durante varios meses hemos buceado en antiguos tratados olvidados por el hombre, hemos hablado con ancianos ermitaños refugiados en la soledad de su conocimiento, hemos caminado por ciudades malditas nunca antes mancilladas por la presencia del hombre.*

*Regresamos a nuestro hogar con las manos vacías, con los bolsillos vacíos, agotados por el largo viaje. Pero en nuestro interior conservávamos el bien precioso de la palabra, aquella definición ansiada que tantas otras veces nuestros dedos temblorosos habían acariciado. Éramos conscientes de la importancia de aquella palabra, aquella vulgar sucesión de signos que albergaba en su interior un concepto tan evidente, tan claro, que no comprendíamos como no lo habíamos entendido antes.*

*Esa palabra era mago.*

*Cuando tuvimos la palabra escrita frente a nosotros, miles de sinónimos acudieron sin miedo a nuestra memoria: hechicero, chamán, pawang, peai, augur, brujo, nganga... Una lista interminable que recorre nuestro mundo de un extremo a otro. ¿Y por qué aquella palabra definía a la perfección a todos aquellos que, de una forma u otra, colaboraban con nosotros de forma altruista mes tras mes? ¿Por qué una sola palabra encerraba todo el espíritu del colaborador de Qliphoth?*

*La respuesta es simple, y a la vez maravillosa. Porque aunque existen diferentes características que hacen de un ser humano un mago, como la posibilidad de someter a las fuerzas de la naturaleza, o comunicarse con los espíritus de aquellos que nos han abandonado, o la habilidad de sanar a los enfermos y curar a los heridos, o tantas otras que no mencionamos; a pesar de esas diferencias, existe una característica común a todos ellos, y es la de servir de mediador reconocido entre el mundo visible o físico y el mundo invisible o espiritual.*

*Y al igual que existen multitud de elementos que acompañan al mago, como los hechizos, los encantamientos, la vara, la espada, los amuletos, el ritual, el libro, las cartas, las ropas y todas aquellas que vosotros mismos recordais en este momento, no es menos cierto que la pluma y la inspiración también pueden ser considerados instrumentos mágicos en manos de estos nuevos magos. Y magos deben ser nuestros colaboradores, porque con sus aportaciones nos permiten sumergirnos en un mundo invisible, un mundo de héroes y leyendas, de dioses y monstruos, una realidad que no percibimos como nuestra pero que, en el fondo de nuestras almas, soñamos con poder visitar al menos una vez en nuestra vida. Y es esa realidad fantástica, ese otro mundo invisible que sólo ellos conocen y plasman en palabras e ilustraciones para nuestro deleite, donde nuestros problemas y rutinas y miedos desaparecen, aunque sólo sea por un instante.*

*¿Y acaso no es esa la labor del mago? ¿Acaso no consiste en eso el arte de la magia?*

*Nosotros creemos que sí.*

*Por ese motivo les llamamos magos.*

*Los Editores.*

---

---

## Mitología Maorí

---

Por Susana García

### PRÓLOGO

El pueblo maorí tiene una rica y variada mitología que puede rivalizar con cualquiera de aquellas más conocidas. Un panteón de dioses y héroes, de batallas y viajes épicos, de hechos que pueden ser medio verdad, medio leyenda, componen la historia espiritual de este pueblo que vive desde hace siglos en Nueva Zelanda.

Los polinesios, procedentes del oeste de Asia, se dispersaron hacia Tahití y otras islas del Pacífico, donde se establecieron y prosperaron. Pero también se multiplicaron en número y algunas partidas, probablemente pertenecientes a tribus que habían sido derrotadas por otras, partieron en busca de un nuevo hogar. Algunas de ellas llegaron a Hawai y se instalaron allí. Otros continuaron viaje hacia el sur y llegaron a *Aotearoa*, que en el lenguaje maorí significa “la Gran Nube Blanca” (Nueva Zelanda).

Los dioses de *Aotearoa* pueden hallarse en otras islas de la Polinesia, pero la cercanía de los maorís a la naturaleza, el gran viaje hasta llegar a Nueva Zelanda y su personal visión de las cosas, han hecho que la mitología que les pertenece sea muy imaginativa y de gran colorido. Y no sólo como historias y leyendas, sino también en las canciones y danzas de este pueblo.

A través de los artículos que, con el beneplácito de la redacción de *Qliphoth*, os vaya ofreciendo, espero daros a conocer la belleza y grandiosidad de esta cultura y sus mitos y leyendas. Espero que os fascinen tanto como a mí.

Mis fuentes proceden de dos libros: “**Maori Myth and Legend**” de **A.W. Reed** y “**Maori myths and tribal legends**” de **Antony Alpers**. Estos dos escritores neozelandeses han rescatado las leyendas tradicionales maorís para que puedan estar al alcance de cualquiera que desee conocerlas. Y es gracias a mi amiga **Ángela**, que vive en Rotorua (Nueva Zelanda) que estos libros cayeron en mis manos. Así pues le dedico estos artículos, esperando que pueda leerlos muy pronto. Nuestra amistad, que ya dura muchos años, se inició a través de la correspondencia, para practicar idiomas (yo el inglés y ella el español) y sé que no tendrá ningún problema para leer este artículo –ni los que vengan- porque cada día domina mejor el español. También se lo dedico a **Luke**, su hijo, que tiene sangre maorí en las venas y que es uno de los herederos de esta rica cultura.

### LA CREACIÓN

Hubo un tiempo en el que no existía nada. *Te Kore*, la Nada, era dueña y señora del tiempo, que tampoco existía realmente, porque cuando nada existe, el tiempo tampoco. Cuando no existe el tiempo es difícil darle nombre a las cosas. No, es imposible. Pero en algún momento, la Nada tuvo que dar paso a La Noche, *Te Po*, que era oscura, larga, impenetrable. De todas formas, no existían ojos que pudieran contemplar aquella noche, porque no existían seres ni existía la luz.

Nadie sabe cómo nació *Papa*, la madre tierra, ni quién o qué alumbró a *Rangi*, el padre cielo. Pero en aquella oscura y eterna noche de los tiempos, *Rangi* descendió sobre *Papa*, cubriéndola, y, gracias a esa unión nacieron los primeros seres, los primeros descendientes de *Rangi* y *Papa*. Estos seres, que eran dioses y que se movían con dificultad en el estrecho espacio que quedaba entre la unión de los cuerpos de sus padres, anhelaban la libertad y se reunieron para deliberar sobre el asunto. Porque su necesidad iba más allá de habitar entre los enlazados cuerpos de sus padres. Querían luz y querían espacio.

Los primeros hijos de *Rangi* y *Papa* eran seis. Todos ellos dioses: *Tu matauenga*, el dios de la guerra, el hijo más fiero; *Tane mahuta*, el dios de los bosques y de los seres que habitan en ellos; *Tawhiri matea*, el dios de los vientos y de las tormentas; *Rongo ma tane*, el dios y padre de los alimentos cultivados;

---

*Tangaroa*, el dios de todos los seres que viven en el mar; y *Haumia tiketike*, el dios de los alimentos que crecen salvajes.

Reunidos en cónclave los seis hijos, había que decidir cuál era la solución a su problema. Ya no podían seguir así.

-Yo propongo que los matemos, así conseguiremos nuestro objetivo -propuso *Tu*, siempre belicoso.

-No, yo digo que los separemos, pero que no los matemos -propuso *Tane*, más compasivo y que amaba a sus padres a pesar de desear separarlos.

El resto de los hermanos escucharon con atención a *Tane*. Todos, salvo *Tu*, cuyas ideas eran más radicales, y *Tawhiri*, que decidió callarse y esperar, estuvieron de acuerdo con *Tane*. Se acordó también que cada uno de ellos trataría de separar a los padres por turno. Y así fue como cada uno de los hijos de *Rangi* y *Papa* intentó llevar a cabo la hazaña impuesta.

El primero en intentarlo fue *Rongo*, cuyos esfuerzos fueron en vano. Le siguió *Tangaroa*, pero tampoco salió airoso de su intento y dejó paso a *Haumia*. *Haumia* también falló. Le llegó el turno a *Tu* que, como le dictaba su naturaleza belicosa, trató de cortar los tendones que unían al cielo con la tierra. Mucha sangre manó de las heridas inflingidas, pero su intento no tuvo éxito y tuvo que pasarle el turno a *Tane*.

El dios de los bosques, *Tane*, cuyo temperamento era compasivo y paciente, eligió la que creía era la forma más adecuada de separar a sus padres. No quería dañarlos, puesto que los amaba, pero sabía que era necesario separarlos, a fin de que la tierra pudiera conocer la luz y la vida. Para conseguir su propósito pasó un interminable período de tiempo, un tiempo tan inmenso que es imposible medir, reuniendo las fuerzas suficientes para llevar a cabo su hazaña.

*Tane* apoyó firmemente los hombros sobre su madre, *Papa*, y con los pies comenzó a empujar a *Rangi*, el padre cielo. Los heridos tendones que unían a los padres comenzaron a ceder poco a poco, centímetro a centímetro. Y se fueron estirando y dejando espacio entre ambos progenitores. Un antiguo dicho maorí dice "Fue el fiero empujar de *Tane* el que separó al cielo de la tierra". Y así ocurrió en el amanecer de los tiempos.

Finalmente, y gracias a la constancia y la fuerza de *Tane*, la luz iluminó la tierra. Pero *Papa* se cubrió de un velo de niebla, la niebla del dolor por haber tenido que separarse de su amado marido. Y las lágrimas pronto comenzaron a fluir de los ojos de *Rangi*, convirtiéndose en torrenciales lluvias que cayeron sobre *Papa* y formaron los ríos y lagos.

*Tane*, que seguía amando a sus padres, decidió que debía hacer algo por ellos. Así pues, vistió y embelleció a su madre como esta jamás había siquiera soñado en su mundo de oscuridad. Trajo a sus hijos, los árboles, y los plantó en la tierra. Pero como era como un niño aprendiendo, *Tane* se equivocó y los plantó al revés. Las copas de los árboles se enterraban en la tierra, dejándo las inertes y tiesas raíces desnudas mirando hacia el cielo. No había sitio para que sus otros hijos, los habitantes de los bosques, pájaros e insectos, pudieran vivir y volar, porque la tierra no les ofrecía cobijo. Así pues *Tane* escogió un enorme *kauri* (un pino gigante de Nueva Zelanda -*Agathis australis*-), sacudió las ramas y hojas, que estaban sucias de tierra, y plantó las raíces firmemente en el cuerpo de *Papa*.

Y así fue como la tierra conoció el esplendor y la belleza, cubierta de verdor. El océano lamía la tierra con olas inquietas, los insectos y los pájaros volaban libres en los espesos bosques de *Tane* y la brisa arrullaba las ramas y hojas de los árboles. Pero aún quedaban muchas tareas que cumplir, y los dioses estaban muy ocupados.

*Rongo* se ocupó de que la tierra fuera fértil y cultivable. *Haumia* cuidó los alimentos que crecen salvajes en la tierra. *Tangaroa* pobló los océanos y controló las olas. *Tu*, como era de esperar, se convirtió en el dios de la guerra.

Sólo uno de los seis hijos dejó el cobijo de la tierra para seguir a su padre. *Tawhiri*, el dios de los vientos. *Tane* contemplaba a su padre, *Rangi*, y veía que este seguía estando sólo en los vastos espacios sobre la tierra. Y sintió tristeza por su padre. Así fue como decidió ir a buscar el sol y lo cargó en la espalda de *Rangi*, colocando luego la Luna en la frente de su padre. Luego colocó una brillante capa roja que extendió de este a oeste y de sur a norte, como un regalo especial para su triste y solitario padre.

---

Pero el regalo, valioso como era, no satisfacía a *Tane*, que creía que no era lo suficientemente bueno para su padre. Lo arrancó pero no pudo evitar que un pequeño pedazo se quedara en el cielo. Este fragmento que permaneció de la capa es lo que los hombres ven con cada puesta de sol.

*Tane* viajó a los confines del espacio para encontrar un adorno digno de su padre. Y después de viajar hasta el mismo confín del mundo, lo encontró en la Gran Montaña. Los hijos de *Uru*, los Brillantes, que jugaban a los pies de la montaña.

*Tane*, contemplando los juegos de éstos, que rodaban montaña abajo, le pidió a *Uru* que le diera algunos de sus hijos para llevarlos junto a *Rangi*. Y *Uru* le concedió su deseo. Colocó varios Brillantes en un cesto y se lo tendió a *Tane*.

Y así fue como *Rangi* quedó adornado de estrellas. Cinco formando una cruz en el pecho del padre cielo y el resto de Brillantes salpicando el oscuro cuerpo del *Rangi*. Finalmente, *Tane* colgó el cesto, que había contenido a los brillantes, de los cielos y este es ahora la Vía Láctea.

A veces, en las noches oscuras, los hijos de *Uru* se precipitan a la tierra con rapidez, estrellas fugaces destellando por un instante en el cielo, pero la mayoría de los hijos de la luz permanecen en el oscuro manto de la noche, como luciérnagas de la oscuridad.

---

## La claridad que falta

---

Por Alex Vidal

El astrónomo abandonó el camino de la Ciudad, adentrándose por el sendero que cada madrugada le dejaba en un extremo de la urbanización. A medida que alcanzaba los límites de la tundra, que una de las niñeras que recordase de su infancia definió del color de hogazas de pan recién horneadas, las caricias de las hojas sobre su rostro y sus manos se tornaba menos frecuente. Aunque poco importaba; a esa hora su cuerpo fatigado sencillamente se negaba a sentir las.

Miró el reloj: la noche llegaba al final, y ahí empezaba su noche.

Sus zapatos saludaron la avenida que se le ofrecía a sus pies con un claqueteo rítmico, caminando sobre puntos de luz en ella reflejados que hacían del cénit nadir y de la cúpula celeste el universo sobre el que caminaba.

Cercana ya la hora del alba, ninguno de los de su especie se aventuraba por las calles. Resguardados dentro de los cubos de argamasa y cristal, científicos, empresarios y artistas se repartían el primer sueño. Al cabo, sólo el rumor de los diurnos atravesando en queda comitiva el barrio en dirección a los cultivos del altiplano desbarataría, brevemente, la sensación de soledad que cae a plomo con los rayos del sol. Hasta que sobreviniese la tarde. Hasta que diese inicio una nueva jornada.

Dobló la esquina de su casa, y soñoliento como estaba no reparó en la adolescente hasta tropezar con ella. Aunque fácilmente podía evitarla, entrar y olvidarla al otro lado del umbral, le irritó sobremanera tenerla arrodillada frente a su puerta, como un pordiosero cualquiera pidiéndole, exigiéndole *-¡a él!*- el pedazo de caridad que le correspondiese.

Porque ella no sabía cuánto trabajaba, apurando la noche hasta que el negro del firmamento se desteñía, dedicando su vida a la ingente tarea de catalogar todas las estrellas que existiesen. No tenía otra ilusión, y nunca necesitó con quién compartirla.

Así mismo, nadie tenía derecho a exigirle la vuelta de lo que ganaba. Desde luego, lo que no hacía era deslomarse para alimentar a holgazanes

y mendigos.

Se plantó ante la muchacha con expresión adusta, interponiéndose entre ella y los peldaños no fuese que, además de pedir limosna, pretendiese también invadir su hogar bajo sus propias narices.

-¡Vete de aquí!

Con cada palabra escupió gotas de saliva que se clavaron como astillas en el rostro añinado de la joven. Ésta no se inmutó, manteniendo sus ojos oscuros apuntando al este, a la todavía invisible línea que separaba el perfil de la cordillera del manto de estrellas. Sólo parpadeó y se acarició mecánicamente las pantorrillas con ambas manos, ajena a las voces del nocturno.

-¡Fuera!

El grito rasgó el silencio que se había apoderado de aquel rincón del mundo y fue rebotando hasta prácticamente morir, aparte de un pequeño murmullo que ya no desaparecería, preludio del amanecer a punto de irrumpir otro día.

Se inclinó sobre ella, asomándose sobre su faz ovalada, bronce bajo la luz de mercurio, y de rasgos tan tenues que el astrónomo contuvo su impulso de apartarla de un empujón, temiendo romperla. Al momento se arrepintió, pero justo antes de poder asirla por los hombros, la muchacha extendió un brazo y señaló en un punto por detrás de él.

-La luz se ha apagado.

La miró fijamente, sus rostros tan próximos que sus alientos se confundían en el ralenti de la última hora de la madrugada.

-La luz se ha apagado -repetió en un susurro, incapaz de alzar más la voz-. Ya no hay luz, y no sabemos qué vamos a hacer antes del final.

No la entendió. Giró la cabeza, sin ocultar la mueca que cruzó su rostro -la piel cetrina y sin vello le parecía tan repulsiva-, para encarar la dirección a la que ella apuntaba. Pero allí no había nada. Nada más aparte de la calle desierta abriéndose a la tundra, la meseta oculta en la penumbra, y la serranía apenas adivinada ante la

---

ausencia de claridad.

Se volvió hacia la muchacha, frotándose los ojos. El nocturno quería irse a dormir. *Necesitaba* irse a dormir, ahora, antes de que la mañana le sorprendiese lejos de la protección de los muros de su vivienda.

-Tú, levántate de una vez -le ordenó-. ¿Acaso no me oyes?

Le cogió de un brazo -tan delgado, tan ardiente bajo su mano áspera- y la zarandeó, no bruscamente, pero sí con la fuerza suficiente para que supiese que iba en serio, que estaba muy irritado y que no le convenía contrariar a gente como él; en definitiva, eran ellos los que les permitían seguir viviendo de forma medianamente civilizada.

-Llegará la mañana, y tú aún estarás haraganeando por aquí. ¿Es que no te asignaron trabajo alguno en la Concejalía? ¿Acaso alguien te dijo que yo pertenecía al Ayuntamiento?

Por primera vez alzó su rostro ovalado hacia el hombre, y los destellos violetas en él le hablaron de lágrimas que habían corrido abundantemente por las mejillas, dejando sendos rugeros secos y encostrados.

-Ya no hay trabajo, señor -se lamentó-, porque han apagado la luz. Entonces ya no hay más de nada y, cuando no hay nada, llega el final. Siempre es así con las cosas que quedan en nada.

El astrónomo desesperaba por momentos. No había entendido ni una sola palabra de lo que había dicho; aunque, por otra parte, tampoco cabía esperar una explicación coherente por parte de una criatura tan limitada.

De cualquier forma, no pudo evitar soltar un bufido de impaciencia, mientras se pasaba una palma por su vello facial.

-¿Pero de qué demonios me estás hablando, niña? Haz el favor de explicarte. ¡Y rápido!

La joven se encorvó, pegando las nalgas a los talones, haciéndose aún más pequeña, si ello era posible, a aquellos ojos azulados, hundidos tras el pelaje albino.

-Mis hermanas y hermanos han encendido sus lámparas. No debían, pero no ven, y aun así no debían -y, estremeciéndose, añadió por último-. Es terrible.

Al decir esto se plegó sobre sí misma, abrazándose su menudo cuerpo como si el frío la devorase a grandes mordiscos.

El nocturno miró a poniente, donde el cauce del río definía un istmo de tierra fangosa y dúctil sobre el que se apelotonaban casuchas pobres, inseguras. En ellas sus ventanas empezaban a relucir a la luz de los candiles -sus "hermanos y hermanas" diurnos, dedujo-, testigos de la actividad temprana de quienes escatimaban su vida bajo el sol.

-¿Ve allí, señor, como mis hermanas y hermanos se afanan? Están intranquilos, porque hemos oído esta noche, señor, cómo los ángeles han apagado la luz. Somos impíos, señor, y quieren castigar este mundo. Nos han hablado en sueños y nos han dicho "no merecéis la luz, porque no queréis ver la obra que Dios hizo para vosotros". Y no hay peor castigo que no ver, señor. Señor, no hay luz y no podemos trabajar.

Nadie había que pudiese presenciar la escena; aún así, retrocedió un paso, temeroso ante cualquier malinterpretación que la situación, una diurna suplicando a los pies de un importante nocturno, del que no se conocían detalles sobre su sexualidad, pudiese suscitar en el entorno reducido de la barriada. Ojalá pudiese razonar con ella, pensó, ojalá pudiese extraerle de su cabeza el miedo a lo desconocido que ella y los suyos personalizan en dioses y profetas.

O quizá no era eso lo que la había llevado a postrarse ante un nocturno influyente; podía ser una forma original de huir de una vida limitada, sin otro porvenir más que las tareas del campo, el mar o el comercio. Pero no esperaba un razonamiento tan sofisticado por parte de un diurno.

-¿Qué quieres de mí?

Preguntó con hosquedad, pues el tiempo se le acababa. Su dermis ya parecía estar sufriendo los primeros efectos de la radiación que acompañaba a la alborea.

La joven agitó la cabeza, arrebolando su cabello alrededor de su rostro oscuro, acentuando su aspecto desmañado y salvaje que jalonaban sus turbios ojos de azabache.

-No pido nada, señor, pues vos no podéis devolvernos la luz. Eso sólo lo puede hacer nuestro Señor Dios, pero está muy enfadado con todos.

-¡Maldita sea! ¿Quieres olvidarte de una vez de ese inútil dios vuestro? ¿No sois capaces de ver que el mundo gira sin él, y así pasa con el resto de las leyes naturales?

---

La diurna se apretó el pecho con ambas manos, sobrecogida, más por las palabras que él sabía heréticas que no por la rabia que lo consumía.

-No digáis eso, señor –exclamó, aún su voz confundida con la leve brisa que soplaba desde detrás de ella, donde cada vez brillaban más ventanas-, porque, a pesar de todo, Él es bueno, señor. Señor, piense que pronto nos veremos, y compartiremos el cielo que él nos ha preparado a todos sus hijos dispersos en la faz de esta tierra.

-Ni por un momento sueñes en ello – imprimió a su voz todo el desprecio que guardaba en su interior-. No compartiremos ese cielo tuyo, porque el único que existe es ése de ahí arriba.

Y mientras decía esto, alzó la mano hacia las constelaciones, cuyo tramado conocía mejor que el de las calles del poblado. Le enfurecía chocar una y otra vez con la misma ignorancia que se aferraba a una explicación ilógica, anclada en un mito ancestral, antes del inicio de toda Historia.

-Ya no hay luz –repetió, cada vez más encogida sobre sí misma, con una cadencia que le recordó alguno de sus ritos que, en determinadas fechas, celebraban a caballo entre la jornada diurna y la nocturna-. Ya no hay luz, señor. Y mis hermanos están todos despiertos.

Hastiado de esa ridícula situación, echó maquinalmente un vistazo a su reloj antes de empezar a retirarse... cuando se encontró consultando una y otra vez los dígitos de su muñeca, sin dar crédito a la hora que le mostraba.

-Es muy tarde –murmuró para sí mismo-. Es *demasiado* tarde.

Con evidente inquietud, volvió la vista a la línea donde las montañas y la noche se encuentran.

Trazó líneas imaginarias en la noche y las vio. Vio estrellas que no correspondían a esa estación, estrellas que, a esas horas, ya debían de haber sido engullidas por la claridad del alba. La claridad que faltaba.

Se quedó boquiabierto. ¿Dónde estaba el sol que, en ese momento, debería de levantar ampollas y abrir llagas en su piel? ¿Qué podía eclipsarlo, en un mundo que no disponía de luna alguna?

-El Sol –balbuceó-. ¿Dónde...?

Las lágrimas volvieron a rodar por el rostro de la muchacha.

-Señor, la luz se ha apagado. Os lo dije, señor, y nosotros no podemos salir. La noche es mala para nosotros, señor. No saldremos, porque nos han quitado la luz.

Se inclinó a su izquierda, aferrándose a la base de la farola como si quisiera apropiarse de un sol pequeñito, suficiente para alumbrarle un poco más su vida.

Mientras tanto, el rostro del nocturno seguía vuelto hacia arriba. A pesar de su profesión, jamás había prestado atención al que era, o había sido, el astro más cercano. Odiaba su existencia, no tan sólo porque podía acabar con su vida si se veía expuesto a sus rayos, sino por el entorpecimiento que provocaba en su trabajo su periplo anual alrededor del firmamento, devorando cada día estrellas, nebulosas y galaxias que, de no ser por él, podía estudiar y catalogar en mucho menos tiempo del que estaba empleando.

Y ahora que veía cumplido su mayor deseo, éste le desconcertaba.

-¿Por qué? –le preguntó- ¿Por qué no está ahí, en su sitio, en la mañana? ¿Qué sabéis vosotros?

Se enfrentó a la misma expresión desesperanzada.

-Señor, ha sido Él. Ha enviado un ángel y ha apagado la luz. Sólo nos quedan las lámparas, pero no podemos vivir de noche, señor.

Había repetido la misma frase muchas veces, pero él había sido incapaz de comprenderla. La luz había sido apagada; por eso seguía vivo en la calle después de la hora del alba. Pero él no sabía la causa, y no tenía sentido preguntarle porque ella no podía darle ninguna otra respuesta.

Volvió a mirar hacia el este, donde las estrellas que creía no ver hasta el siguiente solsticio se alzaban esplendorosas. Su corazón dio un vuelco al considerar que esa otra vida que le hacía falta para concluir su titánica tarea acababa de haberle sido concedida.

-¿Qué podemos hacer ahora, señor?

No sabía a qué señor se refería, si a él o al que -decían- escuchaba las plegarias dirigidas a Su Nombre. Pero tanto le daba.

-Por mí, os podéis quemar todos en vuestro Infierno.

Y tornándose de nuevo hacia levante, sintiéndose el nuevo eje sobre el que giraba ahora el mundo, le devolvió la espalda.

---

Paulatinamente el gemido rebasó el umbral de lo inaudible, y a pesar de querer partir de vuelta al observatorio, aquellas lágrimas le detuvieron como pegamento en sus suelas.

-Sé que vos no queríais decir eso, nuestro Señor Dios es bueno y esas cosas las perdona. Pero nos ha quitado la luz y es terrible, señor, porque sin luz todo se apaga, todo todo se pierde sin la luz cada día, medio día.

Balbuzeaba, ahogando las palabras con sus propios, amargos sollozos.

-Tú Dios ha sido el que se ha apagado. ¿A quién le importa? A nosotros, no.

Y clavó de nuevo la vista al cielo adiamantado.

-¡Oh, no, señor! No digáis esas cosas otra vez, por el amor divino. Por esas cosas nos castiga, señor. Ya véis lo terrible que puede llegar a ser -con sus dedos se arañaba el interior de los muslos, ya que nada más tenía cerca de sus manos para descargar su desesperación-. Lo que nos ha quitado, señor, hará que pronto dejemos este mundo.

No pudo evitar que una sonrisa, no por breve exenta de crueldad, cruzase sus facciones en un rictus a medio camino entre el goce y la rabia.

-¿Para qué os necesitamos, medrando en nuestra Ciudad? Sinceramente, nada cambiará aquí una vez desaparecido.

»Y ahora, si me permites -añadió, palmeándose los brazos para ahuyentar el relente que se le colaba por los huesos, y que debía atenazar los miembros de caña de la muchacha -, voy a irme a disfrutar de este día sin sol con mi gente.

-¡Señor, por la Gracia Divina, ayudadnos! ¡No podéis hacer otra cosa, sino ayudarnos!

La sonrisa torcida retornó al rostro del hombre que, en un alarde de superioridad, avanzó hasta golpear con la punta de sus botas las rodillas de la mujer y se dirigió a ella desde el baluarte que constituía su imponente altura.

-¿Y por qué tendríamos que hacerlo? No sois más que una rémora lastrando nuestra civilización. Nuestro destino está allí arriba, en las estrellas, y no revolcándonos en esta bola de barro con vosotros. Si desaparecéis, hacedlo ¡ya!

-Señor, Dios no quiere compartir las estrellas. No son vuestras, sólo suyas.

-¿Y por eso apaga la más cercana? -preguntó con sorna-. La verdad, dejándonoslas a

la vista, nos allana el camino para alcanzarlas.

-Señor, creo que estáis confundido; no entendéis...

Súbitamente calló, protegiéndose la cara al alzar el hombre su mano con intención de asestarle un bofetón de revés, aunque congeló el vaivén del brazo justo antes de golpearla.

-¡No te atrevas a repetir eso, estúpida! ¡Yo jamás me equivoco!

No soportaba que le contradijese alguien que no distinguía la combustión de la fusión, alguien cuyo conocimiento se limitaba a las supersticiones que conociese de boca de las niñas. ¿Qué demonios podía saber ella, que él no aprendiese ya a temprana edad en la escuela? ¿Cómo se atrevía a dudar de su palabra? Únicamente la continua humillación de la muchacha ante sus pies le proporcionaba una agradable sensación de natural superioridad. Sensación sólo cortada por una súbita ráfaga que le mordió con dientes fríos. Muy, muy fríos. Ella se encogió, más aún si cabía, ovillándose junto a la base de la farola.

-¡Señor, no os enfadéis conmigo, os lo ruego! ¡Reservad vuestras fuerzas para los días que nos quedan! Sólo podemos confiar en vuestra sabiduría para salvarnos todos... si acaso queda alguna esperanza.

-¿Y por qué no se lo pedís a Dios? ¡Sandeces es lo único que sabéis decir! Si a alguno de vosotros se le hubiese ocurrido mirar a vuestro cielo azul y hubiese intentado comprender como funciona, ahora todos sabríamos qué le ha pasado al Sol sin tener que echar mano a vuestras explicaciones místicas.

-¡Señor, señor, escuchadme, entended lo que os estoy diciendo! -empezó a gatear sobre el pavimento helado en dirección al científico-. Nadie puede vivir así: todos necesitamos de la luz, señor. Eso todos lo sabemos Las plantas no crecen ni se mecen si no sienten la luz, y ninguna de las bestias sale cuando el cielo es negro. Solo vos y el resto de nuestros amos caminan cuando el mundo descansa.

-Huyendo de vuestra ignorancia, supongo -replicó, igualando a los diurnos con bestias y plantas.

Se quedó a un suspiro, sin atreverse a tocarle los pies, y con las facciones albinas danzando en los reflejos de sus lágrimas.

-Pero, señor, si las plantas, las bestias y

---

nosotros morimos, ¿de qué subsistirá vuestro pueblo?

El viento subrayó la pregunta con un aullido gélido. Algo en su interior se removió, encaramándose desde sus tripas a la cabeza. Una sensación que no conocía desde su más nebulosa infancia, que conoció a manos de los criados y que después su sociedad ocultaba como un tabú que nadie podía desvelar a seres inferiores.

El miedo. Él, los suyos, los nocturnos tenían pánico al Sol. Como el resto de criaturas a la noche. Pero ellas podían mostrarlo, ellas eran inferiores.

Del Sol podían esconderse. Pero, ¿y de la muerte que ahora pendía colgada de las estrellas?

Y las estrellas aún quedaban muy lejos para poder huir.

Notó una presión muy ligera sobre su pierna, la muchacha reclamando su atención.

No sabía cuánto tiempo había pasado, de pie, atrapado por la ventisca más punzante a medida que volvía el firmamento de la siguiente estación.

-Señor, ¿qué vais a hacer?

Tras ceñirse el cinturón del abrigo para no dejar escapar el calor de su cuerpo, se acuclilló y le susurró, casi al oído.

-Aún tenemos varias noches por delante, hija. Ahora, vete a tu casa y quédate con los tuyos. Nosotros pensaremos algo qué hacer...

---

---

## El vino como elixir sagrado y sacrificio expiatorio

---

Por Simón Royo Hernández

### **1. El alcohol frente al agua: una decisión de salubridad.**

En enero del año 2001 el presidente de la República del Congo, Laurent-Désire Kabila, fue asesinado por un niño-soldado en su palacio de la capital congoleña, siendo sucedido al frente del gobierno de ese país por su hijo, Joseph Kabila. La noticia en los medios de comunicación occidentales fue una ocasión de volver los ojos, nuevamente, sobre el continente africano. Tomemos como ejemplo la situación del Congo en aquel momento: la esperanza de vida en ese país era de tan sólo 50,8 años; el gasto en educación de 9.000 millones de pesetas, mientras que el gasto militar ascendía a 66.300 millones de pesetas; pero lo que más nos interesó de aquellos datos atendiendo al propósito del presente escrito era que la población congoleña sin agua potable llegaba al 58%. ¿De dónde conseguían los líquidos necesarios para su supervivencia? Sin atender ya a un determinado país africano sino al mundo entero vemos que el no acceso al agua potable, que tan fácilmente nos sale del grifo en nuestras casas del primer mundo, alcanza a más de mil de millones de personas. ¿Cómo se sobrevive sin agua potable? Ciertamente la fruta y otros recursos alimenticios pueden proporcionar líquidos a un cuerpo humano, y ciertamente una enorme cantidad de seres humanos siguen muriendo de hambre y de sed en el injusto y desigualitario mundo de nuestros días, pero ciertamente, también, otras bebidas aparte del agua potable o mezcladas con agua potable han llegado a formar parte de las dietas alimenticias. Sin embargo hay una serie de ellas que no son de moderna utilización, sino que ya se emplearon con el fin de acceder a la ingestión de líquidos seguros a lo largo de toda la antigüedad hasta nuestros días: nos referimos a las bebidas alcohólicas, entre las que se cuenta el vino, que es la que nos ocupa.

El éxito de las bebidas alcohólicas en la Antigüedad no se debía a motivos intelectuales sino que respondía a una necesidad fisiológica, al abastecimiento y consumo de líquido no contaminado. Beber agua en la antigua Grecia, en las ciudades romanas (pese al avance que supuso su arquitectura de irrigación y su alcantarillado) o en los burgos medievales y renacentistas, equivalía a jugarse la vida<sup>1</sup>. “La civilización occidental tuvo en la cerveza y el vino, a lo largo de los últimos diez milenios, una fuente importante para satisfacer su demanda nutritiva y de líquido. Antes del muy reciente acceso al agua limpia y saneada, las bebidas alcohólicas fueron, sin duda, los únicos líquidos seguros<sup>2</sup>”. Desde luego nos referimos a la totalidad de la población prehistórica y a su mayor parte a partir de la época neolítica. Una vez surgida la agricultura y con ella, la producción de excedentes, las minoritarias clases privilegiadas gozarán, ocasionalmente, de abastecimientos de agua potable, bien de la recogida de las lluvias y almacenada, o bien del dominio sobre los pozos, manantiales y oasis; defendidos por sus propietarios con más encono que el oro.

A este respecto, la literatura clásica, en la que abundan las libaciones con vino y las fiestas de cerveza, resulta engañosa. La literatura que va desde Homero hasta Virgilio es representativa de la forma de vida de los ciudadanos libres, pudientes y privilegiados, esto es, de la sociedad aristocrática. Los jefes de la expedición a Troya o los asistentes al banquete que nos narra Platón aparecen cotidianamente bebiendo vino mezclado con agua y comiendo sabrosas carnes de buey y oveja, pero dicha dieta no era en absoluto la de la mayoría de la población; así como tampoco estaba generalizado el uso higiénico y medicinal de los baños, la hidroterapia.

Los testimonios de festividades religiosas colectivas han de verse como excepciones, pues tal es una de las características fundamentales de la fiesta, su excepcionalidad. La participación popular masiva en el consumo de

---

<sup>1</sup> Revista *Investigación y Ciencia*, agosto de 1998, nº 263. (Edición española de *Scientific American*). Bert L. Vallee: «*El Alcohol en el Mundo Occidental*», p.56-61. (Citamos como AMO).

<sup>2</sup> AMO, Op.cit. p.56.

---

excedentes no será ni mucho menos frecuente, y como más infrecuente ha de considerarse la disposición de agua potable que la adquisición de bebidas alcohólicas.

La arquitectura de irrigación y abastecimiento romana no supondrá más que un pequeño avance en el acceso mayoritario al agua potable, puesto que las principales obras se dedicarán a la irrigación de los latifundios y el crecimiento de las ciudades aumentará la contaminación de las vías fluviales de abastecimiento.

La instalación de sistemas de abastecimiento de agua seguros para grandes contingentes de población no ocurrió hasta el siglo XIX, en los países desarrollados, época, además, en la que alcanzará su plenitud una *literatura social* que nos hablará de las condiciones de vida de las mayorías, en contraste con la literatura anterior, centrada, -salvo excepciones en las que los desposeídos pudieron hacer oír su voz, como en *El lazarrillo de Tormes* y en los precedentes ilustrados-, en las vidas y vivencias de las minorías privilegiadas.

Además, hasta el siglo XX el alcohol será el único analgésico al alcance de todos para aliviar dolores, -pues resultaba mucho más accesible que las drogas vegetales, difíciles de detectar, obtener y dosificar-, luego su uso medicinal debió de seguir inmediatamente al nutritivo. Durante unos diez milenios se utilizaron las bebidas alcohólicas para evitar las enfermedades. Es fácil diagnosticar cómo se impuso tal práctica, sencillamente, aquellos que la emplearon sobrevivieron y se reprodujeron, mientras que quienes bebieron agua tuvieron que sufrir una elevadísima mortalidad. “Para una civilización occidental naciente, con un suministro de agua a evitar, el alcohol etílico constituiría su leche materna. Cerveza y vino se hallaban exentos de agentes patógenos<sup>3</sup>”. Sin embargo, en el Tercer Mundo, actualmente, las condiciones de salubridad del agua siguen siendo tan malas como antaño: “Cinco millones de niños mueren al año por escasez o insalubridad del agua... Cada español consume 300 litros de agua al día y los países pobres menos de cinco... No hay agua potable para unos 1.000 millones de personas<sup>4</sup>”. Lo que hace que en las tribus de algunos países subdesarrollados, cuando pervive un ecosistema vegetal, aún deteriorado por las ciudades, y no hay posibilidad de hervir el agua, la bebida alcohólica natural siga utilizándose como bebida alternativa al agua. A la peligrosidad de la ingestión de agua contaminada se une, como antaño, su escasez, agravada en nuestros días debido el aumento demográfico ocasionado por la derrota de otros agentes de mortalidad, entre los que no se cuentan las sequías.

El primer vino era producto exclusivo de la fermentación natural, luego se aprenderían a crear aguamieles o vinos, a partir de la miel, los dátiles o la savia. La técnica primigenia era sumamente sencilla, consistía en dejar la sustancia abandonada a la fermentación, y puede considerarse a ambas de existencia pre-neolítica. Es por ello el vino anterior a la cerveza: “La cerveza, que se saca de cereales con almidón, debería esperar hasta el origen de la agricultura<sup>5</sup>”. Las cosechas de trigo y cebada de los fértiles deltas fluviales de Egipto y Mesopotámia, el llamado Creciente Fértil, llevarían inevitablemente al descubrimiento del grano fermentado. “No se había entrado en el tercer milenio antes de Cristo, y egipcios y babilonios bebían cervezas de cebada y trigo<sup>6</sup>”.

La adquisición de vino a partir de la fermentación natural y de la elaboración de aguamieles se pierde en el fondo de los tiempos. Su cultivo, ya en época neolítica, precede en tres milenios al de la cerveza: “El cultivo de la vid para elaboración de vino se atribuye a los habitantes de Armenia, alrededor del 6.000 a.C.<sup>7</sup>”. Consecuencia de la revolución neolítica y del surgimiento de la agricultura, el vino sería en Occidente un sucedáneo a la satisfacción de la sed con agua: “en el lejano Oriente las cosas discurrieron por otro cauce. Hace al menos 2.000 años, la práctica de hervir el agua, para preparar el té, creó un suministro potable de bebidas no alcohólicas<sup>8</sup>”.

---

<sup>3</sup> AMO, Op.cit. p.57.

<sup>4</sup> Diario *El País* del 1 de diciembre de 1997.

<sup>5</sup> AMO, Op.cit. p.57.

<sup>6</sup> AMO, Ibid.

<sup>7</sup> AMO, Ibid.

<sup>8</sup> AMO, p.58.

---

El nivel de alcohol de la fermentación es muy bajo, de ahí que las bebidas alcohólicas de este tipo fueran aptas para ser consumidas en grandes cantidades. “La producción tradicional de cerveza y vino a través de la fermentación de cereales, uva u otros frutos, originaba bebidas de bajo contenido alcohólico, en comparación con los que, hoy en día, les son familiares a los consumidores<sup>9</sup>”. La destilación, que iba a crear bebidas alcohólicas de una potencia inusitada, no se conseguiría hasta la Edad Media.

“Tras unos 9.000 años de experiencia en el consumo de aguamiel, cerveza y vino con un nivel de alcohol bajo, Occidente se encontró con un alcohol de alta concentración, gracias a la destilación. Desarrollada alrededor del 700 de la Era Cristiana por alquimistas árabes..., la destilación provocó uno de los primeros cambios significativos en cuanto a la magnitud y al modo de consumo de alcohol desde los comienzos de la civilización... El método árabe se extendió por toda Europa (antes de que el Islam adoptara por costumbre la abstinencia)<sup>10</sup>”.

La destilación monacal europea comenzó hacia el 1.200, cuando la Iglesia se hizo con el monopolio de la producción de alcohol destilado: “En el año 1.500, Hieronymus Brunschwig, médico alsaciano, describió en el *Liber de arte distillandit*, primera obra impresa sobre la destilación<sup>11</sup>”, tras el reciente invento de Gutenberg, que se difundiría rápidamente.

Tras el descubrimiento de América, a donde se llevaría la destilación con nefastas consecuencias para los indígenas, en el siglo XVII europeo, la popularización de las infusiones de agua hervida, como el café, el té y el cacao, junto al nuevo consumo del tabaco, todos ellos productos importados de las colonias, empezaron a rivalizar con el alcohol en relación con el consumo de las masas.

El auge del sentimiento religioso contrario al alcohol va paralelo a la adquisición de agua potable. La prohibición islámica coincide con la unificación mahometana y con la explotación colectiva de los oasis desérticos, junto al desarrollo de una arquitectura acuífera que iba a superar el objetivo pragmático romano, destacando también, junto a los aspectos estéticos, los de higiene y consumo.

La cruzada religiosa anti-alcohólica Occidental, que alcanzaría su mayor auge a partir del siglo XIX, casualmente en la época de las primeras grandes provisiones de agua potable, culminaría en la Prohibición Norteamericana (1919-1933), fiel a una moral puritano-calvinista, que no acabó de triunfar hasta que no se dispuso de abastecimientos de agua para grandes contingentes de población; fenómeno, como ya hemos señalado, muy reciente.

Ahora ya podemos pasar al estudio antropológico del vino en la cultura, una vez vistas las coordenadas materiales en las que se encontrará inmerso el fenómeno.

## ***2. La embriaguez dionisiaca: los posesos por el vino.***

Los orígenes del vino se confunden con el origen de nuestra civilización. Griegos y romanos difundieron a la par la filosofía y el cultivo de la vid. Pero el vino no fue inventado por los griegos sino que fue importado por primera vez en cántaros desde Creta. Su cultivo se extendió desde la costa meridional del Mar Negro al monte Nisa en Libia, y luego por Palestina hasta llegar a Creta de donde se llevaría a Grecia.

Las pruebas arqueológicas remontan el culto a Dioniso hasta la isla de Creta, puesto que su nombre apareció en algunas tablillas micénicas al ser descifradas por Ventris y Chadwick en 1952. Pero puede conjeturarse que hasta allí viniese de Asia y que su aparición no fuese una creación minóico-micénica, sino un culto que,

---

<sup>9</sup> AMO, Ibid.

<sup>10</sup> AMO, p.60.

<sup>11</sup> AMO, Ibid.

---

como tantos otros, se remontaría a remotísimas épocas, previas a las sociedades históricas de las que nos quedan *fuentes* de comprobación; a una prehistoria que sólo podemos plantear como hipótesis.

La simbología mítica que el vino adoptó en la antigua Grecia quedará reflejada en la figura de Dioniso<sup>12</sup>, dios del racimo, en cuyas fábulas y ritos se funde un alto contenido: el de las vivencias y creencias del mundo griego.

Según la mitología griega fue Dioniso el inventor del vino. Hijo de la mortal Semele y del divino Zeus, a través de sus conquistas militares habría extendido su cultivo y su culto por todo el mundo.

Eurípides muestra al principio de su obra trágica *Las Bacantes* (vv. 12-22) la difusión del culto dionisiaco y su paso de Oriente a Occidente; desde las regiones del Asia Menor hasta la Hélade: “(Dioniso): He dejado los campos ricos de oro de los lidios y de los frigios, y he recorrido las mesetas ardientes de los persas, y los muros de Bactria y la tierra de los medos, de rígidos inviernos, y la Arabia feliz y toda el Asia que se extiende junto al salado mar con sus bien almenadas ciudades, llenas juntamente de griegos y de bárbaros mezclados; y ésta (Tebas) es la primera ciudad de los helenos donde llego, después de crear allá mil coros y establecer mis misterios, a fin de que los hombres me tengan por divinidad manifiesta”. La espléndida tragedia euripídea refleja el dionisismo en plenitud, tal y como el poeta lo pudo contemplar en Macedonia durante su permanencia en la corte del rey Arquelao, donde debió de quedar sumamente impresionado por las orgías báquicas.

El triunfo de Dioniso consistió en que el vino sustituyó en todas partes al resto de las bebidas alcohólicas como elixir sagrado. Así ocurrió en Tracia y en Frigia, donde el éxtasis orgiástico se alcanzaba con la cerveza hasta ser sustituida por el vino y el culto dionisiaco.

La embriaguez dionisiaca tiene relación con el estado de inspiración poética, que también se ha llamado raptó o delirio. No en vano Orfeo fue sacerdote de Dioniso hasta instaurar sus propios misterios y con ellos la secta órfica. Parece como si las Musas sólo atendiesen a los ruegos de los poetas malditos y dieran sus favores a los que las convocasen desde el fondo de una botella de vino. No hay que olvidar que el ditirambo (*dithyrambos*) invención mítica de Arión, se va transformando de rito colectivo frenético a espectáculo, convirtiéndose finalmente en género literario.

Los poseos por el vino llegan al entusiasmo y pecan de desmesura (*hybris*), retornan a un estado anterior a la promulgación de las leyes con que surgen las ciudades civilizadas. El estado en que se sitúan los oficiantes de ciertos ritos religiosos hace pensar en el empleo de ciertas drogas psicoactivas (enteógenos) que se habrían de disolver en vino, formando, la bebida sagrada denominada *kykeion*; como es el caso de los Misterios de Eleusis y del culto a Dioniso.

Al llegar a Eleusis, bien entrada la noche, los devotos “bailaban en honor de las dos diosas (Démeter y Perséfone) y de su misterioso consorte Dioniso, el dios de los embriagantes... Se le llamaba misterio porque nadie, bajo pena de muerte, podía revelar lo que sucedía en el santuario”<sup>13</sup>, aunque poetas como Sófocles o Píndaro coincidirán en manifestar, sin narrar nada acerca de su desarrollo debido a la prohibición, haber tenido una experiencia única e inolvidable en la que se alcanzaba el éxtasis. “Para los griegos *ekstasis* significaba que el alma volaba fuera del cuerpo... que el alma misma es tomada y sacudida hasta el

---

<sup>12</sup> Esta es la forma correcta de transcribir el nombre del dios al castellano, sin la “s” final que se le suele poner por resultar “*Dionisos*” más grato al oído hispano. El problema es que verter “*Dionisios* o *Dionisos*” en castellano, aludiría al plural del nombre de persona “*Dionisio*” que existe también en griego y nada tiene que ver con el dios del vino; así se llamaban los tiranos de Siracusa con los que intentó Platón llevar a la práctica su *República* ideal.

<sup>13</sup> *El camino de eleusis. Una solución al enigma de los misterios.* R.Gordon Wasson, Albert Hofmann, Carl A.P.Ruck. Breviarios del F.C.E. México, 1985, pág.55.

---

estremecimiento”<sup>14</sup>. Una perfecta descripción de una persona que ha ingerido determinados estimulantes. Con lo cual, si bien vemos que la etnomicología puede arrojar luz sobre los misterios de la antigüedad, no suscribimos el enfoque reduccionista de R.Gordon Wasson, que pretende explicar todo el fenómeno misterioso a partir de la hipótesis del empleo de los *enteógenos* o sustancias psicoactivas.

Fue el joven Nietzsche quien hizo célebre el carácter dionisiaco de la Tragedia griega como lo embriagador, lo arrebatador, lo desmedido y libre por antonomasia; frente a la armonía y la medida de su aspecto apolíneo. Escándalo de los filólogos y delicia de los filósofos, Nietzsche, que se reconoce como discípulo de Dioniso, establece en su obra *El Nacimiento de la Tragedia*<sup>15</sup> cinco estadios en el mundo helénico. En ellos habrían de imperar sucesivamente las tendencias dionisiacas y apolíneas hasta su unificación en la Tragedia ática: 1) Los Titanes (Dioniso). 2) Mundo homérico (Apolo). 3) Irrupción de lo dionisiaco (Dioniso). 4) Arte dórico (Apolo). 5) Tragedia ática (dionisiaco-apolínea), fusión de los dos instintos artísticos en la obra de arte. “Bajo la magia de Dioniso el hombre ya no es hostil al hombre y el Canto a la alegría de Beethoven se transforma en una pintura. Cuando millones se postran en el polvo llenos de escalofríos: así será posible aproximarse a lo dionisiaco... Ahora, en el evangelio de la armonía universal, cada uno se siente no solo reunido, reconciliado, fundido con su prójimo, sino uno con él, cual si el velo de Maya estuviese desgarrado y ahora solo ondease de un lado para otro, en jirones, ante lo misterioso Uno primordial. Cantando y bailando manifiestase el ser humano como miembro de una comunidad superior: ha desaprendido a andar y a hablar y esta en camino de alzar el vuelo por los aires volando. Por sus gestos habla la transformación... se siente dios... el hombre ya no es artista, se ha convertido en obra de arte”<sup>16</sup>.

Es a Sócrates a quien escoge Nietzsche como representante de la racionalidad apolínea carente de intensidad y como principal causante de la muerte de la Tragedia griega. Y no es coincidencia que Platón nos revele a Sócrates como un personaje inmune a los efectos del vino. Pues esa proverbial incapacidad del pensador para llegar a la ebriedad, manifiesta el triunfo de la razón y la lucidez sobre el instinto y la pasión.

Para constatarlo basta detenerse en algunos pasajes al final de *El Banquete* de Platón. Alcibiades intenta seducir a Sócrates y pide las copas más grandes de vino para ambos. Pero en seguida replica: “Ante Sócrates, señores, este truco no me sirve de nada, pues beberá cuanto se le pida y nunca se embriagará” (214 a).

A continuación Alcibiades comienza un discurso alabando a Sócrates y sus palabras aluden a las dos formas de un conocido proverbio: *oinos kai aletheia* (vino y verdad), y *oinos kai paides aletheis* (el vino y los niños dicen la verdad); como prueba de que todos sus comentarios son veraces (217 e). Resalta también que Sócrates se ha destacado siempre por ser el primero en muchas cosas: “Y especialmente al beber, aunque no quería, cuando era obligado a hacerlo vencía a todos; y lo más asombroso de todo: ningún hombre ha visto a Sócrates jamás borracho” (220 a).

Al terminar el Banquete, mientras todos los demás comensales quedan inconscientes por el vino, Sócrates se retira y pasa el resto del día según acostumbra (223 d); lo cual demuestra una vez más su inmunidad ante el influjo de Dioniso. La racionalidad frente a la ebriedad.

En el primer libro de la trilogía de Mary Renault sobre Alejandro Magno, se relata detalladamente una fiesta dionisiaca a la que asiste, oculto, el Alejandro niño, dirigida por su madre Olimpia. La descripción de una estatua de Dioniso presidiendo el lugar donde las mujeres iban a ejecutar el sacrificio y la danza frenética es sumamente ilustrativa: “Olimpias had had him brought here from Corinth, where he had been carved to her commands. He was nearly life-sized, a youth of about fifteen, fair-haired, with the slim muscles of a dancer.

---

<sup>14</sup> Op.cit.pág.29.

<sup>15</sup> “Las dos innovaciones decisivas del libro son, por un lado, la comprensión del fenómeno dionisiaco en los griegos... por otro la comprensión del socratismo”. Friedrich Nietzsche *Ecce Homo*, pág.67. Madrid Alianza ed.1989.

<sup>16</sup> Friedrich Nietzsche *El nacimiento de la tragedia*, pág.44. Madrid Alianza 1988.

---

He wore ornate red boots, and a leopard-skin on one shoulder. A long-shafted thyrsos was grasped in his right hand; the left held out a gilt cup in welcome. His smile was not Apollo's, which says, *Man, know yourself; that is enough for your little life*. This was a beckoning smile; its secret was for sharing<sup>17</sup>. Párrafo que resalta la dicotomía entre el lado racionalista del dios apolíneo y la misteriosa comunidad dionisiaca.

La sangre de la cabra sacrificada se mezclaba con vino en la copa ofrecida a los dioses y la danza de las mujeres aumentaba de ritmo sin cesar. "They drank neat wine, for the dances of Dionysos; after the sacrifice, they had drunk along with the god"<sup>18</sup>.

Esta lucha entre el instinto y la razón, el Romanticismo frente a la Ilustración, queda inscrita existencial e intelectualmente en la vida y obra de Goethe. En *Las Afinidades Electivas*, ese homenaje a las buenas costumbres y a la *mesotes* de la aristocracia, del Goethe maduro, queda empañado por la intervención de la pasión amorosa en el seno de unas relaciones burguesas. Es la bella Otilia el personaje encargado de reflejar la presencia del vino como un elemento perturbador: "Ya que habla usted de mesura, querida tía, no puedo ocultar que me llama la atención la desmesura de los hombres, especialmente por lo que toca al vino. ¡Cuántas veces me ha turbado y angustiado tener que observar que el puro entendimiento, la prudencia, el cuidado de los demás, la gracia y la amabilidad, se perdían aun por varias horas, y a menudo, en vez de todo lo bueno que un hombre excelente puede producir y garantizar, amenazaban irrumpir la perdición y la desgracia!"<sup>19</sup>.

Ante el comedido clasicismo de las formas sociales del siglo XIX gravita la momentánea explosión del *Sturm und Drang* que todo lo hace tambalear. Pero la ruptura de todos los ordenes es un estado en el que no es posible permanecer por mucho tiempo y debe retornarse finalmente al lugar donde la ley impera.

Lo mismo ocurre en los dominios de Dioniso. La exaltación entusiasta sólo dura un instante y el dionisiaco realmente alcanza el éxtasis, pero para perderlo un momento después. Esta es la principal diferencia entre los órficos y los dionisiacos; los primeros buscan la permanente fusión con la divinidad mediante la purificación progresiva y la adquisición de sus misterios escatológicos, mientras que los segundos, pretenden romper el sortilegio de la individuación y durante un instante ser el Todo, estar fuera de sí, en la plena libertad, para volver a caer en el mundo tras la momentánea experiencia extática, cuya tensión no se puede mantener.

### **3. El culto al vino: la alegría de vivir y la insoportable levedad del ser.**

Es en la Persia del siglo XI donde encontramos a Omar Jayyam, poeta, filósofo, matemático y astrónomo que en sus célebres cuartetas (*Rubaiyyat*), canta simultáneamente al vino<sup>20</sup> y al instante. La vida de Jayyam, que ha sido magistralmente recreada por Amin Maalouf en su novela histórica *Samarcanda*, transcurre entre la

---

<sup>17</sup> Mary Renault *Fire from Heaven*. Chapter I, page 42. Penguin Books. London 1983. La escultura de Dioniso: "Olimpia la había mandado traer desde Corinto, en donde la había sido tallada según sus instrucciones. Era casi de tamaño natural, representando a un muchacho de quince años, con una larga cabellera y los delgados músculos de una bailarina. Calzaba botines rojos y llevaba una piel de leopardo sobre uno de sus hombros. Su mano derecha sostenía un gran tirso y la izquierda una copa en señal de bienvenida. Su sonrisa no era como la de Apolo, que dice: *Mortal, conócete a ti mismo; eso es suficiente para tu corta vida* La suya era como una invitación a participar en sus secretos".

<sup>18</sup> Mary Renault, op.cit, page 42. "Habían bebido vino puro para las danzas de Dioniso y después del sacrificio, ya estaban ebrias con su dios". (Los griegos solían beber el vino mezclado con agua, lo que indica que debía de ser fuerte y no muy bueno, en ocasiones lo bebían sin mezclar y así lo utilizaban para las libaciones a los dioses, denominándolo entonces *vino puro*).

<sup>19</sup> J.W.Goethe *Las afinidades electivas*, cap.XVII. Trad.José María Valverde. Editorial Bruguera. Barcelona 1986.

<sup>20</sup> El vino es un elemento central en las cuartetas de Jayyam como bien lo atestigua su constante aparición. Cfr. Omar Jayyam *Rubaiyyat* 2 / 17 / 21 / 22 / 23 / 27 / 33 / 34 / 36 / 60 / 68 / 72 / 75 / 80 / 82 / 83 / 88 / 90 / 93 / 98 / 101 / 107 / 111 / 113 / 114 / 121 / 123 / 134 / 138 / 145 / 147 / 148 / 149. Vol.CXXV de la Colección Visor de Poesía. Madrid 1985.

---

meditación, el estudio, la escritura, las mujeres y el vino: “Lo mejor es que abandones tus estudios y rezos. / Abrázate a una novia que despierte en ti el éxtasis. / Escancia en tu copa la sangre de los racimos / antes de que las horas derramen la tuya” (*Rubai* 23). El vino permite una liberación transitoria de la conciencia y por eso permite el aprovechamiento pleno del presente. El tópico literario del *carpe diem* encuentra en Jayyam uno de sus máximos seguidores, pues se sabe mortal y perecedero, lastrado por el pensamiento y alado por el rojizo vino.

La experiencia reflexiva del filósofo Jayyam es dolorosa, como la de Wittgenstein y tantos otros a los que pensar les duele pero no pueden evitar el pensar. En Jayyam, el vino surge como una válvula de escape ante ese dolor: “¿Hasta cuando te adorarás a ti mismo / y gastarás tus horas persiguiendo el origen del Ser y la Nada? / Bebe vino. Esta vida a la que sigue la muerte, / es mejor que la pases ebrio o dormido” (*Rubai* 138). Es aquí, en esta reiterada experiencia de una sabiduría que ha llegado a ser insoportable, en la que el joven Nietzsche basaba su impreciso y magistral diagnóstico del mundo griego. Los griegos conocieron los horrores de la existencia, la terrible sabiduría de Sileno también cantada por Omar Jayyam<sup>21</sup>, y para poder vivir los encubrieron, ocultándolos bajo el ropaje de sus fiestas y misterios; en un lugar donde el máximo dolor se fundía con el mayor gozo provocando el éxtasis.

Mohammed Schemsu-D-Din, más conocido como Hafiz o el guardador, por su buena memoria, es el máximo representante de la poesía mística sufi de la Persia del siglo XIV. El canto al vino, a la embriaguez, al amor y al instante de Jayyam, continúa floreciente tres siglos después, en los versos de Hafiz, que siguen la estructura métrica persa de la *Gacela*. El vino permite el olvido del mundo particular y la contemplación hiperbólica de quien se identifica panteísticamente con el universo: “¡La piedra de los sabios trae, copero! / La copa que en sí encierra el universo. / ¡Venga vino! Que quiero yo mi alma / de soberbia y rencor, dejar lavada. / ¡Venga vino! Que quiero hacer pedazos / esa red del absurdo clerical, / que trata de envolvernos en sus lazos. / ¡Venga vino! Que quiero ver postrado / todo ese mundo bello, ante mis plantas / y en la tierra mandar cual soberano. / ¡Venga vino! Que el cielo subir quiero; / y ver de la otra vida los misterios. / ¡Vino, vino, copero! ¡Traeme el vaso / que encierra cuanto existe de valioso / en este mundo vano!”<sup>22</sup>.

Hafiz era un piadoso anticlerical, conforme al sufismo persa, que coincide con el luteranismo europeo en su condena de los *mullahs* (sacerdotes islámicos), a los que llama hipócritas, y en su desprecio por los ritos exteriores y los intermediarios religiosos. Por ello su actitud mística, que le llevaba a alcanzar estados de ultraterrenalidad únicamente a través de los placeres y deleites terrenales, fue tachada por los ortodoxos de atea y blasfema. “En el fondo, si bien recapacitas, / verás que todo es uno en esta vida” (*Gacel* XXXVII). Impío es para Hafiz, el sacerdote, que no disfruta de la vida y que pretende que los demás tampoco lo hagan: “El mul-lah con furor me recrimina / mi vida, y mis pecados; / con tremendos castigos me amenaza; / mas yo no le hago caso” (*Gacel* XXX).

En Hafiz perdura y se mantiene la larga tradición persa del divino culto a la vida a través de la embriaguez y el éxtasis terrenales. La tradición juglaresca de la Edad Media europea, mejor conocida por nosotros, seguía unos patrones vitales completamente similares a los de sus contemporáneos persas. La vida de Hafiz es más sosegada y menos inquieta que la de Jayyam, su obra menos desgarrada y menos trágica. Apartado de los

---

<sup>21</sup> “Nuestra cosecha en este mundo / es sufrir hasta el último instante. / ¡Felices aquellos que parten pronto! / ¡Más felices aquellos que no nacerán!”. Omar Jayyam, op.cit. (*Rubai* 70). Cfr. Friedrich Nietzsche *El Nacimiento de la Tragedia*, op.cit. pág.52: “Una leyenda cuenta que durante mucho tiempo el rey Midas había intentado cazar en el bosque al sátiro Sileno, acompañante de Dioniso, sin poder cogerlo. Cuando por fin cayó en sus manos, el rey pregunta qué es lo mejor y más preferible para el hombre. Rígido e inmóvil calla el demon; hasta que, forzado por el rey, acaba prorrumpiendo en estas palabras, en medio de una risa estridente: *Estirpe miserable de un sólo día, hijo del azar y de la fatiga, ¿por qué me fuerzas a decirte lo que para ti sería muy ventajoso no oír? Lo mejor de todo es totalmente inalcanzable para tí: no haber nacido, no ser, ser nada. Y lo mejor en segundo lugar es para tí -morir pronto*”.

<sup>22</sup> Hafiz *Gaceles*. Traducción de Rafael Cansinos-Asséns. Editora Nacional (poesía). Madrid 1983. *Gacel* III, pág.15-16.

---

asuntos políticos, vivió siempre epicúreamente como un pobre *dervisch*, en el lugar que le vio nacer, sin aceptar nunca ningún puesto de favor en una corte, pese a ser muy admirado de numerosos príncipes y sultanes. Se cuenta que sólo una vez intervino en un asunto mundano para salvar a su ciudad natal (*Schirás*) de la destrucción. Saliendo al encuentro del terrible ejército de Timur-lenk, le rogó que no lo hiciese, y fueron su palabra y su prestigio, las que disuadieron al poderoso, que no sólo accedió a su súplica, sino que además le obsequió regalos para él y para su bella y amada ciudad.

La embriaguez de éste poeta está calculada con la fineza de Epicuro y vemos en él la paradójica aparición de un dionisismo moderado y modelado, que no simboliza la potencia impetuosa del volcán, el terremoto o la cascada, sino el curso firme de un río tranquilo, pero profundo, que no sigue los cauces de los otros, sino que se dirige con calma a un más extenso mar, latente en cada gota de agua.

#### **4. Comed y bebed: la universalidad de la embriaguez y el sacrificio como formas solidarias de endiosamiento. El sacrificio homérico y el dionisiaco.**

Dioniso difundía conjuntamente la alegría y el terror allí por donde pasara. En sus arcaicos orígenes el *sparagmos* o descuartizamiento y la *omophagya* o ingestión de carne cruda, se revelan como auténticos ritos en los que se ofrecían sacrificios humanos al terrible dios; víctimas que mas tarde serían sustituidas por animales. La época homérica testimonia a favor de dicha transición.

Los antropólogos han encontrado siempre y en todas partes la existencia del canibalismo ritual. Aún los miembros de ciertas tribus actuales creen que ingiriendo porciones del difunto adquieren las cualidades que poseía éste en vida. Desmintiendo que las formas positivas de antropofagia, es decir, las que excluyendo el hambre dependen de causas místicas, mágicas o religiosas, fuesen patrimonio exclusivo del conocido caso de los aztecas, Lévi-Strauss las señala como practicas de carácter universal<sup>23</sup>.

Según el fundador del psicoanálisis, Sigmund Freud, la Cultura ha sido creada obedeciendo al impulso de las necesidades vitales y a costa de la satisfacción de los instintos y ha de ser continuamente creada de nuevo, en gran parte, del mismo modo, pues cada individuo que entra en la sociedad humana repite, en provecho de la colectividad, el *sacrificio* de la satisfacción de sus instintos. El tránsito psicoanalítico de lo individual a lo colectivo lo da Freud en virtud de un gran número de analogías entre el devenir del desarrollo psíquico del individuo y la evolución de la colectividad y la cultura. Freud emprende la transición desde la actividad psíquica del individuo a las funciones psíquicas de comunidades humanas y pueblos, e incluso de la entera Humanidad, consideradas de forma organicista; esto es, desplaza sus descubrimientos en la psicología individual a la psicología colectiva, encontrando una muy alta analogía o semejanza entre ambos procesos.

Entre dichas analogías se encuentra la coincidencia entre la psicología de los primitivos, los sueños del adulto, y la psique de los niños y los neuróticos, estableciendo una relación entre la evolución psíquica que sigue el individuo desde la infancia hasta la madurez y la evolución de la cultura desde las edades prehistóricas del hombre primitivo hasta la civilización occidental contemporánea. El proceso histórico mundial de civilización y progreso resulta comparable al proceso individual de socialización.

En tales planteamientos, Freud no hace sino aplicar a su campo los descubrimientos más recientes de su tiempo, aún hoy vigentes, en relación con la investigación en materia de biología. Ernst Haeckel presentó, en su *Morfología General de los Organismos* (1866), la primera formulación de la *ley fundamental biogenética* (*biogenetisches Grundgesetz*); que se enuncia en estos términos: “La ontogenia es la recapitulación abreviada y rápida de la filogenia, regida por las funciones fisiológicas de la herencia (reproducción) y de la adaptación

---

<sup>23</sup> “Será suficiente con citar a los aztecas” en quienes apreciamos “una obsesión maníaca por la sangre y la tortura, en verdad universal”: Lévi-Strauss *Tristes trópicos*, novena parte, cap.38: *Un vasito de ron*, pág.443. Editorial Paidós. Barcelona 1992.

---

(nutrición). El individuo orgánico, durante el curso breve y rápido de su desarrollo individual, repite las más importantes variaciones de forma a través de las que pasaron sus antepasados en el transcurso lento y largo de su desarrollo paleontológico, conforme a las leyes de la herencia y de la adaptación<sup>24</sup>. Según la ley enunciada por Haeckel hay un paralelismo entre ontogénesis -desarrollo del individuo de una especie- y la filogénesis -desarrollo de la correspondiente especie-, la primera, ofrece una recapitulación de la segunda. Conceptos que pertenecen hoy día al lenguaje técnico de numerosas disciplinas de investigación, las ideas de Haeckel, quien acuñó los términos *ontogenia* y *filogenia*, alcanzaron gran difusión precedidas de la publicación del *Origen de las especies* de Darwin (1859) donde se sostenía ya la misma tesis, que no ha dejado de tener hasta nuestros días numerosas confirmaciones científicas, tras las correcciones y matizaciones que le han añadido los estudiosos de la embriología.

La lectura de Freud, quien recogió para la psicología individual-colectiva los estudios de Haeckel, nos dice que tanto en el animismo, como en el politeísmo y finalmente en el monoteísmo, se da una proyección del psiquismo encaminada a recomponer la vivencia primitiva e infantil-adolescente que conocemos como complejo de Edipo. El camino que sigue la evolución cultural es: animismo, religión y ciencia, que equivalen en el individuo a infancia (periodo de latencia), adolescencia (pubertad) y madurez. Al comparar la psicología individual y la colectiva, Freud señalará que el animismo corresponde al narcisismo (fase oral y anal), la religión a la elección de objeto (fase fálico-genital) y la ciencia a la adecuación al principio de realidad y dominio del principio del placer (resolución del complejo de Edipo).

La civilización se basa, en general, en la renuncia a la satisfacción directa de los instintos y cada individuo tiene que repetir personalmente, en su camino desde la infancia a la madurez, esta evolución de la Humanidad. El psicoanálisis ha mostrado que son los impulsos instintivos sexuales y agresivos, los que sucumben a esta represión cultural. Parte de ellos integra, la valiosa cualidad de poder ser desviados de sus fines más próximos y ofrecer así su energía, como tendencias *sublimadas*, a la evolución cultural. Pero otra parte perviven en lo inconsciente en calidad de impulsos optativos insatisfechos y tienden a lograr una satisfacción. Nada desaparece nunca de la mente sino que deviene inconsciente y lo mismo ocurre con los fenómenos culturales, pueden ser despotenciados o canalizados, aflorar o permanecer en estado latente, pero no pueden ser erradicados.

Ya en su obra de 1913 (*Totem y Tabú*) señala Freud la tendencia humana hacia la *agresión*, descubriendo un instinto caníbal, homicida e incestuoso, en todo ser humano, ya implícito en la *ambivalencia afectiva* (mezcla de amor-odio), que en 1920 (*Más allá del Principio del Placer*) llegará a concebir como impulso independiente y autónomo. Un instinto que, siendo originariamente de autodestrucción, es reorientado hacia el exterior. Freud lo bautiza con el nombre de *instinto de muerte*, opuesto al instinto libidinal primordial, a cuya configuración socio-cultural denominará *Eros*. En su obra de 1930 (*El Malestar en la Cultura*), Freud presentará el destino de la Humanidad como el resultado impredecible y futuro del enfrentamiento entre estas dos potencias antagónicas.

Ahora bien, no es nuestra intención desarrollar todo el panorama universal relativo a los instintos operantes en el ritual del vino y del banquete festivo-comunitario, sino que pretendemos mostrar su despliegue en el caso concreto de la Grecia arcaica y clásica de donde se podrán derivar las correspondientes analogías (algunas insinuadas por nosotros) con la estructura sacrificial de otras tradiciones mejor conocidas.

Por tanto, volviendo a las manifestaciones de la piedad homérica, habremos de destacar, en consonancia con lo que nos precede, la venganza sacrificial, que provoca un exaltante sentimiento de triunfo embriagador en el vencedor. Tal es la que realiza Aquiles a causa de la muerte de su amado Patroclo a manos del principal héroe de los troyanos.

---

<sup>24</sup> Citado en el artículo <Loi biogénétique fondamentale> del *Dictionnaire du darwinisme et de l'évolution*, Paris, PUF, 1996.

---

Héctor que se ve enfrentado con Aquiles, oscilará entre el miedo y el arrojo, buscando la forma de evitar el combate, pero sin conseguirlo. Ya herido de muerte y a merced de Aquiles, Héctor suplica no ya por su vida que sabe perdida, sino para que su cuerpo sea devuelto a Troya; merced que no le iba a conceder el vencedor: “¡Perro!. No por mis padres ni por mis rodillas supliques. ¡Ojalá el furor y el coraje me incitaran a cortar tus carnes y a comérmelas crudas!” (*Iliada* XXII, vv.346ss). Ni las súplicas ni las ofertas de cuantiosos rescates son atendidas por el héroe griego, que si bien no va él mismo a despedazar y comer la carne cruda del héroe muerto, destina esta afrentosa acción a los perros.

Más adelante, ya frente al cadáver de Patroclo, Aquiles pronuncia estas terribles palabras: “¡Alégrate, oh Patroclo, aunque estés en el Hades!. Ya voy a cumplirte cuanto te prometiera: he traído arrastrando el cadáver de Héctor, que entregaré a los perros para que lo despedacen cruelmente; y degollaré ante tu pira a doce hijos de troyanos ilustres, por la cólera que me causó tu muerte” (*Il.* XXIII, vv.20ss). La pira funeraria de Patroclo se convertirá en una montaña de cuerpos ardiendo: bueyes, cabras, ovejas, perros, cerdos y hombres degollados, regarán el suelo de sangre y se consumirán bajo el fuego, ofreciendo un ébrio banquete de humo sagrado, como festín, a los dioses del Olimpo.

Como ha señalado Luis Gil<sup>25</sup>, las manifestaciones externas de la religiosidad del hombre homérico se realizaban en general como homenaje o tributo (*geras*) comprendiendo tal culto la realización de la ofrenda, la libación y el sacrificio, en el ámbito público, privado o sacerdotal. La manifestación más básica era la plegaria, de la que eran variaciones el himno y la maldición; con la maldición está vinculado el juramento, todas ellas formas al alcance de todos en igualdad de condiciones. Las ceremonias religiosas más importantes son las ya mencionadas de homenaje, la ofrenda, la libación y el “sacrificio, donde el culto a los dioses alcanzaba su máxima expresión”<sup>26</sup>. Los sacrificios, que son un subgrupo de la ofrenda, son con mucho el más importante factor dentro de la religión homérica, reservado para quienes podían permitirse costearlos. En general y de acuerdo con sus variantes los sacrificios se pueden clasificar: 1) en razón de su motivación, en suplicatorios, de acción de gracias y expiatorios; 2) en razón de la índole de la ofrenda, en cruentos o incruentos; y 3) en razón de los dioses a quienes va dirigida la ofrenda, en uranios o ctónicos. 4) Una última variante la compone el sacrificio convivial, que es en realidad la fase anterior (preparativos) y posterior (banquete) que acompañan a la inmolación propiamente dicha. El sacrificio canibalístico de Aquiles es expiatorio, cruento, uranio y convivial. Sin embargo, se mantiene dentro de los límites de lo establecido por la costumbre (*nomos*), límites continuamente traspasados por el dionisismo.

La rivalidad homérica entre los grupos humanos responde a la rivalidad entre dioses protectores de hombres y ciudades. De todo ello nace la necesidad de dependencia y relación entre los hombres y los dioses, “nace la conciencia de las obligaciones para con ellos”<sup>27</sup>. De la noción de obligación se desprenden las de recompensa hacia la piedad y castigo ante la impiedad. La venganza era obligatoria, cuestión de honor y lo que nosotros conocemos como compasión y gratuidad sentimientos vergonzosos, indignos de un hombre en el que se manifiesta la excelencia (*arete*) y al que fuese lícito considerar como bello y bueno (*kalos kai agathos*).

Al no existir Libro Canónico el designio de los dioses se libraba a la libre interpretación. La epifanía, que Demócrito consideraba ensoñación, se concede a personajes ilustres en muy raras ocasiones y el escrutinio se realiza a menudo a través de la adivinación, sirviendo para justificar conductas diversas e incluso antagónicas, ya que los diversos dioses podían querer cosas distintas enfrentándose entre sí a través de los humanos. “Les resulta a los héroes homéricos difícil conocer lo que en realidad querían los dioses, al carecer

---

<sup>25</sup> R. Adrados, Fernández-Galiano, Luis Gil y Lasso de la Vega *Introducción a Homero*. Editorial Labor, Barcelona 1984, vol. II, 7ª parte: <El individuo y su marco social> por Luis Gil. Cap. XIV-XIX.

<sup>26</sup> Luis Gil, op.cit. pág.478.

<sup>27</sup> Luis Gil, op.cit. pág.467.

---

de una revelación donde se concretara en ley, dentro de normas generales, la voluntad divina”<sup>28</sup>. Sin embargo hay ciertas costumbres establecidas (*nomos*) que resultan bendecidas por todos los dioses, aunque sea su guardián un dios determinado, y que constituyen el núcleo tribal básico al que se someten todos los griegos. El sorteo también es empleado cuando se tiene que elegir entre varias posibilidades que se presentan a priori como igualmente buenas.

Determinados signos de piedad requerían cuantiosas posesiones, como es el caso del sacrificio expiatorio, de manera que el alcance de las manifestaciones de piedad estaba a menudo en relación con la posición social del piadoso. El rico tiene la posibilidad de ser más piadoso que el pobre y por tanto, más probabilidades de ganarse el favor de los dioses. Ya la riqueza y la posición social son consideradas como un signo de predilección, aunque también pueden ser consideradas como resultado de la impía soberbia (*hybris*), a la que algún día ha de seguir un castigo. La desgracia del hombre demasiado feliz se explicaba por la ira de los dioses ante el mortal que osase rivalizar con ellos.

Pero frente a los sacrificios expiatorios masculinos, aristocráticos, costumbristas e uranios de los homéricos (*Iliada*) destacarán, en contraposición, los sacrificios expiatorios populares, anárquicos, femeninos y ctónicos de las mujeres de Dioniso (*Himno a Démeter*). En el dionisismo las ninfas más promiscuas y salvajes formaban parte del séquito del dios. Entre ellas destacaban las Ménades<sup>29</sup>, que inflamadas por el vino y el éxtasis religioso despedazaron a Penteo rey de Tebas en el monte Citerión, por no querer tomar parte en sus fiestas<sup>30</sup>. El mismísimo dios Pan, sátiro perezoso y rufián, se jactaba de haber poseído a todas las Ménades borrachas de Dioniso; petulancia que acabaría pagando con la misma suerte de Penteo.

“Lo que tenía lugar en el monte Citerión<sup>31</sup> era la histeria en crudo, el baquismo peligroso que desciende como un castigo sobre los demasiado respetables y los arrastra contra su voluntad”<sup>32</sup>. La danza ebria de las bacantes era contagiosa y los pocos que eran capaces de resistir el llamamiento del dios-vino, quedaban a merced de la ira homicida de sus fieles sacerdotisas. “He obligado a llevar el habito de mis misterios a toda la estirpe femenina de Tebas, cuantas mujeres había, las he echado, furiosas, de sus moradas” (Eurípides *Las Bacantes*, vv. 34-36). Estas palabras de Dioniso, muestran como bajo su influencia, las mujeres se convierten aún contra su voluntad. Son los hombres quienes le resisten con las consabidas consecuencias: morir a manos de sus predilectas, formar parte del rito aportando la carne y la sangre que recuerde a los fieles el despedazamiento del dios por los Titanes.

La procedencia antropológica de este mito la explica Dodds<sup>33</sup>, fijándola en la canalización, por medio de un ritual organizado, de auténticos ataques espontáneos de histeria colectiva. Las mujeres que participaban en los ritos sagrados de Dioniso bebían hasta quedar poseídas de un convulso furor y los hombres, representando a los silenos, alcanzaban también el delirio orgiástico con frecuentes libaciones. Pero eran

---

<sup>28</sup> Luis Gil, op.cit.pág.468.

<sup>29</sup> “El sobrenombre de Ménades refiere a mujeres salvajes cuya personalidad humana había sido reemplazada temporalmente por otra”. E.R.Dodds *Los griegos y lo irracional*, pág.252. Alianza ed. Madrid 1993. Las bacantes eran también llamadas ménades, voz procedente del verbo griego *mainomai*, que significa “estar furioso o rabioso / (estar poseído de furor báquico)”. De donde proviene nuestra palabramanía (locura).

<sup>30</sup> Este es el argumento central de *Las Bacantes* de Eurípides. Dioniso llega a Tebas a castigar la insolencia de Penteo que se opone a la difusión de su culto. El dios se las arregla para hacer que Penteo acuda al monte Citerión disfrazado de mujer donde es despedazado por las orgiastas. Entre ellas destaca Agave, su propia madre, que enloquecida le arranca la cabeza creyéndolo un león y la clava sobre un tirso, paseándose ufana por la ciudad con su trofeo y aterrando a todos los ciudadanos.

<sup>31</sup> “Aquí niño, está representado lo que ocurre en el Citerión: coros de Bacantes, rocas impregnadas de vino, el néctar manando de las vides y la leche que surge de la tierra para fecundar el suelo”. Filóstrato el Viejo *Imágenes*, pág.66. Ed.Siruela. Madrid 1993.

<sup>32</sup> E.R.Dodds, op.cit. pág.254.

<sup>33</sup> E.R.Dodds, op.cit.pág.256.

---

ellas, las mujeres, las más fervorosas y las que favoritas del dios, alcanzaban los estados de máxima exaltación.

La adhesión masiva de las mujeres al ritual dionisiaco se explica por la represión a que estaba sometida la mujer griega. En la comunión con el dios se superaba la condición humana y todas las prohibiciones de orden ético y social quedaban abolidas. Por eso el furor que el dios del racimo infundía en sus huestes conquistadoras las volvía irresistibles.

Clístenes, el abuelo, por ironía de la historia, del reformador homónimo que llevó a Atenas la democracia, en el siglo VII a.C., en la ciudad de Sición regida por la oligarquía de la familia de los Ortagóridas, empeñado en una política de desdorificación para apartarla de su rival Argos, tomo tres medidas de gran importancia: “una reorganización tribal del territorio, una reforma religiosa y una reforma *literaria* que supusiera un rompimiento definitivo con la tradición... las competiciones de los rapsodos homéricos -y esta es la primera vez en la historia del mundo antiguo en que Homero fue objeto de anatema- se suprimieron radicalmente”<sup>34</sup>. El culto que se rendía en Sición al héroe árgivo Adrasto se trasladó al héroe tebano Menalipo y “los coros trágicos que se celebraban en su honor se traspasaron a Dioniso, divinidad de origen labriego y popular cuya religión venía a enfrentarse con la aristocrática de los dioses olímpicos”<sup>35</sup>. Actuación imitada por otros tiranos de tendencias populares que favorecerían el culto de Dionisos y el desarrollo de los géneros literarios relacionados con él, el ditirambo y la tragedia, no por aperturismo político, sino para desbancar a la clase aristocrática tradicional del poder y situar a una nueva oligarquía.

Las luchas sociales que encontraron su apogeo en toda Grecia durante el siglo VI a.C. elevaron políticamente a las clases populares y sus concepciones religiosas. Reflejo de esta revolución fue la creciente influencia que llegó a tener el culto de Dioniso, que pasa así del campo a las ciudades, donde pronto encontró un lugar en las fiestas públicas y en las ceremonias religiosas. “En un principio se había visto en el carácter orgiástico de la religión dionisiaca algo de todo punto extraño, un insulto a todo orden municipal... Pero en el siglo VI, y a menudo por razones políticas, alcanzó el favor de los tiranos, que eran los representantes de la capa social que acababa de llegar al poder”<sup>36</sup>. Podemos ver este cambio bajo el gobierno de Clístenes en Sición, de Periandro en Corinto y en Atenas bajo los Pisisrátidas. “A partir de Pisistrato se celebraban en Atenas cuatro fiestas en honor a Dioniso... En febrero-marzo, aproximadamente, se celebraban las Antesterias. Tucídides (II, 15,4) estimaba que las Antesterias eran las fiestas mas antiguas de Dioniso. Eran además las más importantes. El primer día se llamaba *pithoigia*, apertura de las tinajas (*pithoi*) en que se conservaba el vino de la ultima cosecha... El segundo día (*Choes*, cuencos) se celebraba un concurso de bebedores, que se presentaban provistos de un cuenco que se llenaba de vino; a la señal convenida tenían que beberlo lo mas rápidamente que pudieran... La euforia y la embriaguez anticipan en cierto modo una vida en el mas allá que en nada se parece al triste mundo homérico de las sombras”<sup>37</sup>. Es la madre Olímpica de los dioses, Hera, la siempre celosa esposa de Zeus, quien representa la oposición conservadora al empleo ritual del vino y a los excesos de las Ménades. Por eso es Hera quien ordena a los Titanes que despedacen a Dioniso niño, quien renace bajo el nombre de Zagreus.

Como hemos visto, en el siglo VI a.C. los principales gobernantes de la Hélade decidieron aprobar el culto y fundaron fiestas dionisiacas oficiales, ahora incluyendo cultos alternativos para ganarse la adhesión del *demos* ya importante. La consumación del proceso llega cuando Pisistrato instituye en Atenas de un modo

---

<sup>34</sup> Luis Gil *Censura en el mundo antiguo*, Cap.1: «La polis y la creación literaria», p.36. Alianza Universidad. Madrid 1985 (2ª edición); cfr. Heródoto V 67, 5.

<sup>35</sup> Ibidem.

<sup>36</sup> Werner Jaeger *La teología de los primeros filósofos griegos* Cap.IV, pág.62. Madrid F.C.E. 1993.

<sup>37</sup> Mircea Eliade *Historia de las creencias y de las ideas religiosas* Vol. I, pág.377. Ediciones Cristiandad. Madrid 1978.

---

fijo la celebración de las grandes Dionisias, al tiempo que manda poner por escrito la épica homérica fijando el texto que habría de llegar a nuestras manos.

Conrado Eggers Lan muestra muy acertadamente la pugna entre la religiosidad tradicional de la *polis*, olímpica y aristocrática, y la religiosidad clandestina de la montaña, dionisiaca y popular. Lucha que termina cuando los nuevos gobernantes, incluyen los nuevos ritos dentro de la tradición, los moderan y los cargan de formalismos que incluso les sirven para consolidar las nuevas estructuras sociales<sup>38</sup>.

De esta manera Dioniso entraría a formar parte del Olimpo y de la religiosidad oficial, asimilándose a los cultos olímpicos, entre los que se acabó integrando, al no atreverse los nuevos gobernantes a romper del todo con la religiosidad aristocrática. El hijo bastardo de Zeus fue finalmente reconocido como vastago legítimo. Pero los escandalosos ritos báquicos, aun mitigados por la formalidad, no dejaron de ser demasiado liberales para los que siglos después los heredaron. Y llegarían a ser prohibidos en el año 186 a.C. por una moral mucho más rígida y conservadora que la griega, la del Senado Romano.

Más adelante, con el triunfo del Cristianismo sobre el paganismo, otra simbología de análoga estructura, habría de revestir el culto a la vid y el sacrificio comunitario de la divinidad. No exento de elementos paganos e inmerso en la tradición hebrea<sup>39</sup>, el Cristianismo<sup>40</sup> reconocía la centralidad del vino como parte esencial de su doctrina, que terminaría volcándose en la Eucaristía. En esa *propiciación de la Gracia (Eucharis)* asistimos a la Transubstanciación, en la que el pan y el vino se transforman en el cuerpo y la sangre de Cristo y que junto al Trinitario, es uno de los misterios primordiales de la religión cristiana.

El vino continuaba así su historia a través de los pueblos y culturas de todo el orbe como un signo nunca lo suficientemente descifrado, como una fuente de tesoros en clave mítica; cuyo *logos* tendrá que ser desentrañado una y otra vez por todo aquél que quiera comprender los fenómenos sociohistóricos a los que está indisolublemente unido.

---

<sup>38</sup> Cfr. Conrado Eggers Lan *Introducción histórica al estudio de Platón*, cap.V. Ed.Eudeba. Buenos Aires 1974.

<sup>39</sup> Génesis 9.6 / 14.18-20 / Números 6.1-4 / Deuteronomio 32.14 / Jeremías 2.21 / ...

<sup>40</sup> Marcos 12.1-2 / Lucas 5.37-39 / 6.44 / 13.7 / 22.17-20 / Juan 2.1-11 / 6.35,53-56 / 13.26 / 15.1,5 / 1Corintios 11.21-22, 25-29 / Hebreos 10.4 / Apocalipsis 16. / ...

---

## La Diosa de Bronce

---

Por Manuel Díez Román

La ruidosa desbandada de un grupo de aves fue el primer indicio de que algo amenazaba la apacible tranquilidad del fértil valle. Una riada humana convergió, veloz y silenciosa, sobre el desamparado oppida. Su guarnición la componían mujeres, niños y los ancianos o impedidos para luchar. Los hombres en disposición de empuñar un arma habían marchado a guerrear al lado de Ariovisto contra las legiones romanas. Cuando los primeros legionarios irrumpieron en el poblado fortificado, dieron rienda suelta a sus deseos de vengar todas las injurias cometidas por los salvajes germanos.

Con tal diferencia de fuerzas sería falso hablar de batalla, apenas una cruenta escaramuza en la que los atacados resistieron con la fuerza de la desesperación y los romanos no concedieron tregua. Enardecidos por la briosa arena de César en Vesontio, los barrieron para disipar la leyenda de invencibles de aquellos bárbaros. El crepitar de las llamas y los gritos de dolor sustituían los habituales sonidos de la naturaleza, mientras el mórbido olor a quemado y a sangre ocultaban el suave aroma vegetal.

El himno de los Arvales cobraba sentido:

Sáciate, fiero Marte,  
salta el umbral y cumple tu misión.

Una mujer, cargando un niño en su regazo, intentaba huir de aquel nido de destrucción. Corría hacia los misteriosos bosques hercínios, que los romanos temían debido a las historias que de esas extrañas tierras inexploradas se explicaban. Un soldado, temiendo que intentara avisar a los suyos, salió en su persecución. Resollando por el esfuerzo, la alcanzó en una ondulación orlada con helechos, golpeando su cuello con la espada plana. El pequeño, de poco más de un año, fue el primero en levantarse y le miró con peculiar intensidad.

El romano giró a la mujer, que agarraba fieramente una estatuilla. Al intentar arrancársela ella gritó en su gutural idioma, lanzándole varias patadas. Su encarnizada defensa demostraba que le

era de gran importancia, desatando la codicia de su enemigo. Representaba una figura femenina, no mayor que su antebrazo, portando dos torqués en el cuello y una túnica plisada. Ni siquiera parecía de oro o plata.

Durante un instante dudó. Recordó entonces la lapidaria sentencia que les habían inculcado: *Vae victis*. ¡Ay de los vencidos! Le arrebató sin contemplaciones la imagen, un pobre botín, y golpeó con la empuñadura a la mujer, que cayó desvanecida, el rostro ensangrentado. El niño seguía observándole con sus grandes y magnéticos ojos, tal vez intentando transmitir un silencioso mensaje.

El romano le dio la espalda, molesto por aquella singular mirada. Además, él no mataba a quien no fuera capaz de levantar una espada. Volvió al oppida, en busca de sus compañeros. La mezcla de múltiples conversaciones creaba un murmullo ininteligible, confiriendo una identidad propia a la taberna de Los Oradores. Situada cerca de la Puerta Radusculana, paso obligado al cercano puerto de Ostia, gozaba del favor de los mercaderes. Bajando unas escaleras de desgastada piedra de Veyes, los parroquianos ocupaban una vasta sala trapezoidal, disponiendo además de varios reservados, donde se aprovechaba para cerrar negocios. Hoy eso no estaba permitido; era un día nefastus.

Tres amigos prorrumpieron en vítores ante la entrada de un recién llegado, que alzó su brazo en mudo reconocimiento.

-Salve, Fabio -coreó sucesivamente el trío, levantando sus jarras de vino hispánico.

-Que los dioses os provean con largueza. Si compartís vuestro granate néctar, este viajero sediento os lo agradecerá.

Tomó asiento entre ellos. Chasqueó los dedos y un muchacho presuroso trajo una jarra de sextario. Después de un largo trago, suspiró teatralmente y sonrió a sus contertulios.

-¿Puedo saber el motivo de vuestra conspiración de hoy?

Arrunte y Salvio miraron a Pompedio, quien inclinó su cabeza a modo de reverencia. Fabio intuyó el tema.

---

-No sé si resistiré que relate de nuevo cómo Cesar le salvó la vida, y sus aventuras en la campana de las Galias.

Pompedio obvió la burlona crítica, rebatiendo la chanza.

-Nosotros nunca fuimos vulgares mamertinos. ¡Brindo por el genio de Julio Cesar, vencedor de Vercingetorix en Alesia!

Todos siguieron el brindis. Salvio le recriminó su osadía cuando las querellas enfrentaban a los poderosos.

-Contén tu lengua. Pompeyo posee oídos finos y su mano alcanza muy lejos.

-Y tampoco tiene nada que envidiar al presunto descendiente de Eneas, pues a la edad de Alejandro el Grande ya había sofocado las revueltas en África y Sicilia. Eso sin contar su mechón rebelde y encrespado, parecido al anastole de Alejandro, y marca de su grandeza. ¡Por Gneo Pompeyo Magno! -ahora el ardor dominaba a Fabio.

-Tampoco el enfrentamiento se ha consumado -terció Arrunte-. No olvidéis que Pompeyo le cedió a Cesar la legión que había reclutado en la Cisalpina para acabar con los erubones.

Salvio advirtió al tabernero. Una joven esclava trajo una nueva ronda. Salvio la tomo del talle antes de que regresara a otras tareas, comprobando la firmeza de sus prietas carnes bajo el mandil y provocando el fingido escándalo de la chica.

-Un respeto para dama Emilia -demandó divertido Pompedio.

-No mentes a mi pobre esposa, descansando en nuestra villa de Brundisium... y ruego que allí siga una buena temporada.

Aunque no existía una homogeneidad de pensamiento en el grupo, seguían la norma de respetar sus diferencias ya que en lo importante, los negocios, actuaban en sintonía. La amistad era una argamasa indestructible, afirmaba Arrunte. Hacían justicia a la máxima que definía a la pujante clase profesional romana: adorno de la República, flor de Italia.

-Nada nos has comentado de tu viaje, Fabio.

-El cargamento de trigo egipcio es de primera calidad. Los estibadores ya trabajaban cuando abandone la nave.

-En estos tiempos revueltos el precio se ha disparado desde que partiste -apuntó Arrunte-. Pobre Roma, huérfana de cónsules y pretores. Ya dice el buen Cicerón que es un problema arquimediano. Su obra, Pro Milón, traerá una agría

polémica.

Hubo un general asentimiento. Pompedio resoplo, abatido.

-Considerando que Annio Milón se presenta a consul y Publio Clodio opta a pretor, resulta terrible la posibilidad de que los responsables de las bandas de rufianes que asolan nuestra ciudad sean los líderes de la misma.

-Invicta Roma aeterna -declamó con triste sonrisa Arrunte.

-Excepto cuando luchamos entre nosotros -sentenció Salvio-. Pompeyo debería asumir el liderazgo que le corresponde.

-Buen militar, pero una nulidad en política - Pompedio no podía dejar pasar la ocasión de escarnecer al rival de Cesar.

En una mesa cercana hicieron un signo convenido al partidario del azote de galos quien, despidiéndose de sus amigos, les convidó a cenar el día siguiente. Un hombretón, de cinco codos de altura y pecho de buey, le precedió en la salida.

-¿Que sucede, Diocles? -preguntó alzando la vista, pues era una cabeza más bajo que su guardaespaldas.

El antiguo gladiador, de aspecto pesado aunque firme, señaló a un hombre en la lejanía, camino del Aventinus Mons, y su jefe supo al instante que pretendía decir. Llevaba sometido a vigilancia desde hacia poco, y dicha novedad en su monótona vida le inquietaba, máxime en los momentos de revuelta constante que vivía Roma. Desconocía la identidad y el interés de aquella gente. Ahora intentarían desenmascararlos.

Se separaron, uno a cada lado de la calzada. Pompedio caminaba del lado del acueducto. Dejaron atrás el bello templo de Diana, aproximándose a la inmensa mole del Circus Maximus. Allí el gentío dificultaba el paso, a cambio de enmascarar mejor su persecución. Sobre pasado el Circus, giraron a su derecha, quedando ante su vista la Ara Maxima. Pero el hombre había desaparecido, como una sombra en una noche sin luna.

Diocles corrió hacia el Forum Boarium; Pompedio a la zona del Palatinus, llegando hasta el templo de Cibeles. La búsqueda resultó infructuosa y, cansados, decidieron regresar a casa. Camilo, visiblemente azorado, esperaba en el umbral.

-Amo, un pillastre ha intentado robar en las urnas de los dioses lares y penates -el entrecejo fruncido de su señor le animó a ampliar su informe-

---

Debió deslizarse del techo al peristilo, y de allí paso al atrium.

-La hornacina no cuenta con nada de valor -remarcó su amo.

Camilo se encogió de hombros, mandando que condujeran al ladronzuelo ante presencia de Pompeio. Un siervo parto le trajo de la mano. El muchachito, rubio y de piel demasiado blanca en esas tierras, parecía norteño, gente pendenciera, así que no se dejó engañar por su apariencia sumisa.

-Contaba con cómplices afuera, pues el alboroto formado les alertó de su suerte, aporreando las jambas para franquear la puerta. Resistimos sus embates y al poco, alertada por el escándalo, llegó una patrulla de vigiles que los puso en fuga.

Pompeio asentía en silencio. Los indicios mostraban un grupo bien organizado. Meneó la cabeza. La inútil persecución les había alejado de la casa, posiblemente lo que deseaban. Sin embargo, no encajaba el móvil. ¿Qué pretendían realmente?

El rapaz le miraba fijamente, mostrando una determinación impropia de su edad. Aquellos ojazos grises rescataron una nebulosa de recuerdos, ocultos en las profundidades del olvido. Evocó una mirada parecida del pasado. Semejaba de sangre germana y su edad podría ser la que ahora tendría aquel niño. Esto carecía de lógica, meditó preocupado. Poco a poco se convenció de lo contrario. En tal caso el móvil encajaba: en las urnas estaba la estatuilla que arrebató a su madre.

¿Después de tanto tiempo transcurrido no sólo no habían olvidado, sino que le encontraban para recuperar lo perdido?

Se arrodilló, queriendo no avasallarle con su estatura, y le tomó de los hombros. Le enseñó la estatuilla de bronce, mostrando un brillo febril los ojos del infante.

-Viniste a buscarla, ¿cierto? ¿Entiendes lo que te digo?

Dudaba si hablaría latín. Aunque desconociera la lengua, su tensión contenida a duras penas evidenciaba que, al menos, comprendía el sentido de sus palabras.

-Si te la entrego, ¿me llevaras ante los tuyos?

El niño retrocedió un paso. Pompeio reflexionó, decidiendo prestamente. Se giró a Camilo, hablándole en susurros.

-¿Los perros están en casa? -el jefe de esclavos asintió-. Toma un trozo de sus ropas desgarradas y dáselo a los perros.

Volvió a su anterior postura con el mocito,

sonriendo como si fuera el mejor de sus clientes y le froto amistosamente la dorada cabeza. Durante unos instantes permaneció así.

-Esto te pertenece. Vete en paz a tu casa -ante su incredulidad le dio un empujoncito, tras mirar a su guardaespaldas.

Diocles, que había intuido el plan implícito en la idea de los perros, afirmó en silencio, indicando que todo estaba dispuesto. Cuando el niño traspasó el umbral, internándose en el fresco atardecer, la casa al completo se puso en marcha.

-Dividíos en grupos para seguirle. Quien descubra su escondite será recompensado. Pero ¡ay de vosotros si lo perdéis! -gritó-. Os venderé a un capitán de trirreme.

Atravesado el Tiberis por la Via Triumphalis, a espaldas de los Campus Martius, abandonaron la carretera para internarse en la espesura. Con sigilo y una pizca de fortuna, Pompeio y varios de los suyos habían sido capaces de seguir la pista del niño. Arribaron a un frondoso bosquecillo de robles, en cuyo interior se abría un claro. El mercader ordenó que se desplegaran, mientras Diocles permanecía a su lado.

Descubrieron a una mujer que salía de la arboleda. Abrazó al pequeño y acarició, exultante, la preciada estatuilla. Entonces Pompeio irrumpió en la abertura natural.

-¡Alto ahí, mujer! Quiero hablar contigo.

Tenía bloqueada la huida, y tampoco intentó escapar. A medida que se acercaba a ella recordaba su pasado de centurión. Su nariz estaba ligeramente torcida, posiblemente se la fracturó al golpearla; parecía ella. Su vista confirmaba lo que su mente le había anticipado. Desechó sus recelos.

-Yo... te conozco. Soy Pompeio, el centurión que te arranco la broncea imagen. Iba a decir que posees algo mío, mas temo que tus derechos sobre ella sean superiores a los míos.

-Mi nombre es Gannia -hablaba con suave y musical acento-. La figura pertenece a mi pueblo. Mi sobrino dice que la reverenciabas junto a tus propios dioses. Eso te honra.

-Nunca desprecio cualquier ayuda divina -siempre había intuido que la efigie representaba a una diosa. Viendo el entorno en el que se encontraban y la encargada de su custodia aventuró su identidad-. ¿Sois adoradores de Diana?

Un ruido procedente del bosque atrajo su atención. Aparecieron de improviso varios

---

germanos, quedando enfrentados a sus hombres. Sintió el impulso de desenvainar la espada, pero no la portaba. De inmediato ella hizo ademanes apaciguadores.

-Nosotros servimos a Nertha. Hemos atravesado tierras devastadas por la guerra, abandonando los restos de nuestro hogar. Hemos padecido muchas penalidades en su larga búsqueda.

Al romano le impresionó la fe de esos bárbaros. Pocas personas piadosas superarían su fervor en aquella metrópoli donde todo era posible.

-¿Por qué es tan importante para vosotros?

-Ella concede vida a la tierra y a nosotros, su pueblo. Nos guía y protege. Sin ella erraremos perdidos, carentes de identidad. La necesitamos para reunificar los dispersos restos de nuestro pueblo... y vengarnos del destructor.

La ira vibraba en ella, y Diocles avanzó un paso, colocándose a la altura de su señor. La luna iluminaba el terreno, prestando a los presentes una palidez sobrenatural.

-A vuestra victoria contribuyo decisivamente la traición de uno de los nuestros: el príncipe Chodaruus -un ronco murmullo brotó de las gargantas germanas-. Envió a la muerte a nuestro rey y sus guerreros, unidos en sagrado Gefolgschaft. A pesar de su indomable valentía, cayeron en combate. Wodan les habrá acogido en el paraíso reservado a los héroes.

Pompedio entendió que se refería al vínculo del comitatus, parecido al de los celtas ambacti, el acuerdo de honor de seguir al jefe en combate hasta la muerte, si fuera necesario. Podía dar fe de la ferocidad de esos guerreros. Convencido de que la razón la asistía, y reconociendo el nulo valor económico de la estatua, convino en cedérsela.

-Sabemos que el traidor se encuentra en Roma, al lado de un importante llamado Clodio, buscando afanoso la estatuilla -la sorpresa del romano mostraba su desconcierto-. Esta iniciado en los misterios de la diosa, y ella irradia... fulgor espiritual, posible de rastrear. Así pudimos encontrarte.

-Esto es una locura. Un traidor bárbaro aliado con el mayor demagogo de Roma. ¿Que pacto firmaron las bestias?

-Permíteme un consejo. Guárdate de ellos. Buscan el poder, la gloria a costa de los demás -aconsejaba con una convicción propia del mítico vidente Calcas-. Cuida de tu persona.

Dejó al escriba heleno a cargo de la revisión de

los libros de cuentas. Le costaba asimilar la reciente experiencia vivida. No asumía que su éxito profesional fuera debido, en gran parte, a los devotos actos diarios, la pax deorum, en honor a una diosa desconocida. Cumplía con los preceptos tradicionales, pero interiormente era descreído y se burlaba de ellos. Recompensado por una diosa ni siquiera romanizada.

Reprimió su deseo de hablar con Gannia, aclarar ciertos puntos oscuros. En aras de la seguridad, determinaron que se mantendrían en contacto a través del muchachito. No vendría hasta la tarde. Prefirió centrarse en problemas domésticos, como el del nexus que hacia dos días que no venía a casa y todavía su trabajo no había saldado la deuda que había contraído con él. La influencia de Clodio era pernicioso en exceso, soliviantando el orden social, pensó disgustado.

Un esclavo, al regresar del mercado, explicó las últimas nuevas. Una collegia de panaderos, eso se decía, había asaltado las tiendas de varios que se negaban a pagar las cuotas de la asociación. En realidad una razzia de los seguidores de Clodio contra los de Milón, quienes, a buen seguro, no tardarían en contraatacar.

¿Qué podía hacer para guardarse de semejantes serpientes?

Sentado en el peristilo, contemplaba el cuidado jardín y el fluir de la fuente de cerámica sigillata, rumiando, a la sombra, un plan de actuación. No había alcanzado su posición para perderlo todo en un inesperado revés. Camilo surgió de las columnas, atraído por un insistente golpeteo en la entrada.

-Amo, un decurión y su guardia os requieren con urgencia.

El oficial le saludó, mostrando aburrida deferencia.

-Salve, Pompedio Silon. Avisados de un incidente criminal acontecido ayer aquí, venimos a conocer los datos de tu boca.

-Podéis olvidar el asunto, pues no robaron nada y salvo a un rapazuelo que se escabullo no reconocimos a los malhechores. Por ello desestime presentar denuncia.

Mientras hablaban, un hombre, de aspecto contrahecho bajo el escondite de su capa, se deslizó en la finca. Llego a las urnas y dio media vuelta bruscamente. Camilo cerraba el paso a las zonas habitadas. Tras su partida, los temores de Pompedio siguieron en aumento. Desde el portal apreció como una alta figura embozada esperaba en la esquina las

---

noticias del jorobado, denotando disgusto en sus violentos aspavientos.

Un civil en una patrulla, que encontraba tiempo entre tanto estallido popular para interesarse por un suceso no denunciado. Dio la impresión, además, de que perdieron repentinamente el interés al comprobar cierto hueco en las urnas, posible consecuencia del enfado posterior. Si hubieran buscado algo más, la mole de Camilo no habría supuesto un obstáculo. Maldijo el lejano día que robo la estatuilla de bronce.

Pompedio procuro cambiar su sombrío animo en la cena que daba a sus amigos, mandando servir una de las mejores ánforas de vino heleno. Ellos tampoco mostraban mayor aliento que el anfitrión. Salvio cumplió su inveterada costumbre de llegar tarde, pero en esta ocasión tenía un motivo justificado.

Los publicanos gozaban de multitud de contactos, y él los cultivaba a todo nivel, aprovechándose al máximo de ellos.

-Clodio ha decidido actuar sin tapujos. En los próximos días planea acceder al poder aupado por el proletariado que le apoya debido a la distribución gratuita de grano, el denigrante do ut des, dar para recibir -lamentó esa burda filosofía-. Será a despecho de los senadores, sean optimates o populares.

-Y, obviamente, de Milón -añadió Fabio-. No le falta hybris.

Arrunte se removió en su triclinio, inquieto. Dos esclavas entraron portando las bandejas de la carne. Apenas probaba bocado o bebida, como Pompedio, que picoteaba aquí y allá.

-Seguirá los mismos pasos de su odiado Cicerón respecto a los catilinarios -prosiguió Salvio, mirando a Arrunte-. Es conocida tu adhesión a Cicerón y eso te sitúa en la lista de personas a castigar. Ese arrogante, típico hijo de la gens Claudia, no se contentara esta vez enviándoos al exilio.

El aludido enseñó a sus amigos varias tesoras rotas.

-Los contratistas me han enviado así las tablillas, rompiendo sus pactos. Uno de ellos, viejo conocido, me confesó las presiones de agentes de Clodio, recomendándoles trabajar sólo con arquitectos afiliados a su collegia.

Las implicaciones resultaban evidentes y nadie se atrevió a opinar, entristecidos al conocer un acto tan artero.

- Lo tengo todo preparado. Al alba marchó a

Ostia, donde embarcare a Oriente. Si aquel por cuya amistad me persiguen afirmó que hasta los hombres más justos buscan las propiedades ajenas y no se detienen hasta lograr la adquisición del mundo entero, que no harán los mezquinos y ruines como Clodio.

Salvio y Fabio distinguieron en la frase de Cicerón una sutil crítica a Pompeyo, rivales a pesar del enemigo común, comprendiendo la amargura de su amigo.

-Aunque aun no se atreva con los pompeyanos, también estas entre los marcados, Pompedio -continuó Salvio, falto de la alegría que le caracterizaba-. Uno de mis speculatorii me informo que planean prenderte en breve, desconozco la verdadera razón. Te acusarán de ser acólito de Isis. Dada la corrupción de la justicia imagina la condena. Debes huir sin dilación.

Pompedio no quiso desvelar el motivo de la inquina del antiguo tribuno. Acaso no hubieran creído su fantástica historia, tampoco le importaba. Las palabras de su amigo confirmaban sus temores, acrecentados al ausentarse el niño a la cita concertada.

Ayer planeó un convite, celebrando el regreso de Fabio. Hoy vivían una despedida para los que veían peligrar su vida, víctimas de los ajustes de cuentas. Los dioses parecían castigarle por quien sabe que desconocido pecado. Empezó a pensar, apesadumbrado, si la retirada de la diosa germana de su hogar habría motivado su vertiginosa caída en desgracia.

Con los primeros rayos matutinos traspasando la apertura del tejado del atrium e incidiendo en la prístina agua de la piscina rectangular, los frenéticos preparativos de la partida tocaron a su fin. Cargados los enseres en varios carromatos, la servidumbre, encabezada por Camilo, partía hacia la finca agrícola de Corfinum, a la espera de que amainaran los malos presagios que se abatían sobre su casa.

Pompedio, ayudado por Diocles, atrancó el portón. Puso una abultada bolsita de cuero en la mano de su guardaespaldas, aprentándole, amistoso, el brazo.

-Me has servido bien. Ahora debo seguir aquí, y mis enemigos saben que siempre voy acompañado contigo. Tu físico es inconfundible -sonrió-, y necesito el anonimato para continuar libre. Alcanza a los demás. Nos veremos pronto.

El hombretón quedó quieto, como ajeno a las

---

anteriores palabras. Entonces le recordó al muchacho germano, silencioso y terco, fiel a los suyos. Apreciaba el gesto, pero sólo podía perjudicarlo, aunque el no lo entendiera.

- ¡Vete! Ya te haré llamar.

Sin volverse a mirar, se dirigió a la Sacra Via. Las calles retomaban su pulso, como pétreas venas que transmitieran su impulso vital a aquella capital de casi un millón de habitantes, despertando tal inmensidad su ancestral orgullo romano, bien reflejado en las palabras de Virgilio, en la Eneida: Recuerda, romano, que te corresponde regir a los pueblos con estos recursos: imponer los caminos de la paz, perdonar a los sometidos y destrozar a los arrogantes por medio de la guerra. Proféticas palabras, tantas veces cumplidas.

Caminaba de forma mecánica, sin atender a cuanto le rodeaba, sopesando cualquier alternativa que le alejase del peligro que le acechaba. Así llegó hasta el Forum, bajando al Vicus Jugaris y dejando a su espalda el Tabularium y la Basilica Julia. Protegido por una amplia capa, quitada su fibula familiar, y tiznada su piel con hollín, confiaba pasar desapercibido. Sus pasos le guiaban a la Porta Carmentalis, pues su intención era acudir al escondite de Gannia.

Antes de abandonar la ciudad se detuvo en el templo de Fortuna, donde tantas ofrendas votivas había realizado. Rogó mudamente el favor de la diosa, mientras varias personas cumplían los rituales. Ya cerca de la puerta, atisbó a dos hombres, apostados entre los tenderetes, que escrutaban con excesiva atención a aquellos que dejaban la ciudad. Clodio debía haber apostado agentes en todas las salidas de Roma.

Quedó quieto, dubitativo, gritándole una maldición un arriero al que impedía el paso. Iba a dar media vuelta cuando una diminuta mano aferró la suya. Era el sobrino de la sacerdotisa germana, invitándole a avanzar. Los informes de los guardianes hablarían de uno o dos hombres de determinadas características, sin esperar a alguien con un chico. Trocó su paso firme en cojera, consiguiendo engañar a los ojos de los espías.

En cuanto pisaron los primeros adoquines de la Via Triumphalis, sobresaliendo delante de él los pequeños templos de Apolo y Belona, agradeció a Fortuna el interceder en su favor.

-Maronus no acudió al encuentro al ver a los soldados en tu casa. Sabía que querías contactarnos

y le envíe a esperarte al inicio del camino que te conduciría aquí.

Pompedio pensó lo poco que le recordaba Gannia a una sacerdotisa romana o a una vestal. Sin embargo, reconocía su sabiduría y sus acertadas predicciones, propias del mejor de los arúspices etruscos. Quiso agradecer la pronta reacción del niño, y se sacó su bulla de oro del cuello, colgándosela a Maronus. Éste le miró sorprendido, emoción atípica en él.

-Ningún niño debería andar sin un amuleto que lo proteja.

El niño se internó en la floresta, inmerso en uno de sus extraños y solitarios juegos. Su tía sonrió al romano.

-Os agradezco detalle tan amable -tras esa rara muestra de simpatía volvió a su normal apostura-. Los sucesos que relatáis confirman lo que leí en las runas. Terribles cambios de final incierto. Pero contamos con una ventaja inestimable.

El mercader ignoraba qué quería decir. Las fuerzas de Clodio eran poderosas. Sólo Pompeyo estaba a salvo, siendo Milón, antiguo protegido de aquel, el único que podía luchar en su contra en pie de igualdad. ¿Que ventaja poseían ellos?

Como viera que Pompedio no seguía su razonamiento lo concluyó, clarificando sus intenciones.

-Chodarus ignora que estamos vivos, y mucho menos sospecha que nos encontramos tan cerca suyo... y en poder de la diosa.

La singular pareja comenzó a pasear, dejando el claro para entrar en el bosque de robles, en dirección al Tiberis, cuyo rumor se oía apagado tras la arboleda.

-Hemos de tenderle una trampa. Sus informes indican que poseías la estatuilla, de ahí sus intentos de capturarte -afirmó, con voz cortante como sílex-. Prometiéndole satisfacer su anhelo se colocará en nuestras manos. Es imprescindible que no desconfíe, así que deberás dejarte capturar.

Él la miró de reojo, pensando que pretendían aprovecharse de su persona. Le bastaba desaparecer para salvarse. ¿Qué le importaban un puñado de bárbaros y su estúpida venganza? A pesar de todo, temía que había algo más en este asunto.

-¿Por qué no os marcháis a vuestra tierra? Ya recuperasteis la diosa. Tanto riesgo conseguirá que os la arrebaten, además de mi segura muerte de seguir tus planes.

Un vigía germano les saludó al verles pasar.

---

-Sin castigar al culpable no podemos partir. Vino a Roma atraído por la estatuilla y seguiría otra vez su pista, aunque le falten mis conocimientos sobre ella. Tarde o temprano llegará el enfrentamiento, es inevitable. Tomemos la iniciativa ahora que disponemos de una ligera ventaja.

Se refugiaron bajo la sombra de un centenario roble, asilo de varios nidos, cuyos habitantes piaban hambrientos.

-El orden en Roma se derrumba. A ello no son ajenos los consejos de Chodaruus a Clodio, cegándoles los oropeles del poder. Detengámoslos ya, antes de que sea demasiado tarde para tu tierra y la mía.

Pompedio meditaba. Una duda le inquietaba sobremanera.

-¿Que sucedería si la diosa cayera en sus manos?

Ella bajó la vista, alzándola para contestar con miedo.

-Sería nuestro fin y el de la Roma que amas y deseas.

-Sea. Bajo este nuevo Roble del Algido nos conjuramos, como el legendario legado ante las huestes de los ecuos. Vengaremos los derechos que se han violado tanto de los dioses como de los hombres, prometió él entonces y repito yo ahora.

Corrían rumores de que en el templo de la Magna Mater se practicaban ritos prohibidos, protegido el secreto en las profundas catacumbas. Todavía estaba penado para cualquier ciudadano romano acceder a las filas de los maníacos sacerdotes eunucos, los galli, lo que alimentaba la fértil imaginación popular. Allí encontraría al causante de todo, pues intentaba ganar a su causa a los miembros de esa devoción.

Pompedio entró a escondidas a su casa, se vistió con atavíos adecuados y tomó el libellus que certificaba la realización de sacrificios a los dioses, previendo que fuera detenido como adorador de Isis. Después se dirigió al templo. Colocó un pañuelo ensangrentado en su mano izquierda, dando a entender una auto mutilación, muy frecuente en los seguidores de la diosa frígia. Un grupo de acólitos entonaban una letanía, encabezados por un mayestático archigallus, un sumo sacerdote del culto. El mercader quedó oculto tras una columna.

Deslizándose con sigilo arribó tras el altar, coronado con una imagen de la deidad. Traspasó una puerta, internándose en un pasillo mal iluminado por teas. A medida que bajaba oía lejanos

gritos, a cortos intervalos. Recordó el látigo de tres colas que llevaba el archigallus y comprendió que esos fanáticos se azotaban como ritual de adoración. Sintió un escalofrío de temor, mas ya no era posible echarse atrás.

Acarició la empuñadura de su espada, buscando ánimo en su vieja arma. Los escalones desaparecieron, dando paso al barro y la basta piedra. Llegó a las cuevas de bajo y húmedo techo.

Estaban celebrando el taurobolium. El hombre a purificar se encontraba dentro de un hoyo, mientras los galli sacrificaban un toro. Su sangre resbalaba, bañando al acólito situado debajo suyo. Cuando el ceremonial tocaba a su fin comenzó una frenética danza, no exenta de extáticas flagelaciones.

La descripción de Gannia le descubrió. Oficiaba como sumo sacerdote. El éxtasis hizo que los presentes se desprendieran de la realidad, entrando en ese momento el mercader en la cámara. Los fieles no dieron problemas, sumidos en su frenesí, y avanzó hacia Chodaruus, sorprendido por aquella inexplicable interrupción. Retrocedió ante la amenaza desenvainada, protegido tras el cuerpo del toro. Frenó su impulso el romano. La sangre hacia muy resbaladizo el piso.

Un alarido del archigallus despertó a los danzantes. Pompedio se aprestó a dar el salto definitivo, pero algo agarró su tobillo. Era el purificado, en el hoyo, que cubierto de sangre semejava un demonio de las profundidades. Le hizo trastabillar, perdiendo toda ventaja. Le rodearon, manteniéndolos a raya con sus mortíferos tajos. En breve los gritos traerían más enemigos y su defensa sería insostenible. De hecho ya no podía alcanzar a Chodaruus, su objetivo principal.

-¡Alto! -reclamó, sudoroso, el mercader, dirigiéndose a su enemigo-. Soy Pompedio Silon, ciudadano romano y, por tanto, exijo morir con dignidad.

Una mueca deformó la atractiva cara del germano, presintiendo de forma anticipada la gloria de la victoria.

-Tal vez no sea necesaria la muerte... si te avienes a entregarme lo que por derecho me pertenece.

-¿Cómo puedo poseer algo de tu propiedad?

-¿Pretendes matarme y lo desconoces? -parecía querer hipnotizarle con su mirada de fuego-. La estatuilla de bronce.

-Ignoraba que fuera tuya, un sacerdote de Cibeles. Vine aquí para vengarme de los seguidores

---

de la Magna Mater, causantes de la muerte de un muy querido amigo -sentía latir sus sienes y su corazón brincaba presuroso, azuzado por la tensión-. No te entiendo. Esa estatuilla carece de valor.

El traidor dudaba de sus explicaciones, aunque su atención radicaba en conseguir a toda costa la imagen de Nertha.

-Entonces no te importara cedérmela... -señaló a los fieles, sedientos de venganza- salvo que desees que ellos den cuenta de un vil profanador. Decide o muere.

Un grupo compacto rodeaba al robusto Chodaruus y a Pompedio, encogido de temor. Caminaban hacia el oeste, en busca de la preciada estatuilla. A nadie le sorprendían escoltas armadas en esta época de violencias sin cuento, así que el romano difícilmente atraería la atención de los viandantes. Apeló a la valentía de los marsos, sus antepasados, tan alabada en el campo de batalla, mejorando entonces su entereza.

En las cercanías se oían unos entusiastas cánticos, apareciendo al poco los causantes de la algarabía. Eran los invitados a unos esponsales. Los amigos del novio transportaban en volandas a su mujer, entre risas, gritando que la llevaban a Talasio, la aclamación ritual, a pleno pulmón. A pesar de los problemas, los romanos siempre aprovechaban al máximo los momentos de alegría, advirtió Pompedio, más animado.

Las tabernae, de puerta única y amplia, flanqueaban las estrechas callejas. Los artesanos agolpaban sus mercancías ante ellas, y sentados en el pórtico realizaban sus labores. Las habituales discusiones por la calidad del producto o el precio disminuyeron su intensidad cuando alguien inicio una veloz carrera precedido de los gritos de "al ladrón". Ello movilizó al conjunto de vendedores, solidarios con el perjudicado. Pompedio, apreciando la confusión creada, tuvo la tentación de huir, pero decidió esperar a dejar la ciudad.

A la altura del majestuoso Teatro de Pompeyo, empujo al guardián de su izquierda. Dio media vuelta, corriendo hacia el templo de Neptuno. Su intención era llegar hasta el Arsenal. No estaba en buena forma para tan prolongado esfuerzo, aunque seguía a despecho de los calambrazos de sus piernas.

Los gritos de sus perseguidores se acercaban inquietantemente. Se disponía a saltar unos setos cuando alguien cayo sobre su espalda, aplastándole contra el suelo. Encogido en un ovillo, empezaron a

patearle, hasta la llegada de Chodaruus.

-Un nuevo intento como éste y lamentareis vuestra estupidez. Cuanto antes me entreguéis la estatuilla, antes seréis libre.

Con un brusco empujón, reemprendieron la marcha. Pompedio, magullado y dolorido, representaba a la perfección su papel. No dudaba que la idea del traidor era matarle al rendirle la figura. Suspiro. El final estaba próximo.

Al internarse en la arboleda siguió un agreste sendero. En él descubrió montículos de piedras advirtiéndole que todo estaba dispuesto. Sintió el aliento del príncipe en su nuca.

-Si intentáis algo lo pagareis -susurró, mientras un frío metal acariciaba su cuello.

-Detened vuestra nerviosa mano, so pena de perder para siempre vuestras apetencias -replicó, envalentonado, Pompedio.

Alcanzaron el claro, vacío como si aun permaneciera virgen de pisadas humanas. Entraron sólo los dos rivales; la guardia de Chodaruus quedo apostada a la espera de sus ordenes. El romano se dirigió, lentamente, hacia un reseco árbol. Inclinado sobre un hueco, introdujo sus manos y sacó la imagen de la diosa. El germano pareció crecer al contemplarla.

Avanzaba para tomarla cuando un grito en su idioma le detuvo, mudando su rostro en asombro y pánico. Saltaron los germanos en su busca, siguiendo su ejemplo los secuaces del traidor. Comenzó el combate entre ambos bandos, sumándose Pompedio al sacar su espada de su escondite vegetal.

Los germanos, advirtiendo cercana su venganza, mantenían a raya a los rufianes romanos, crecidos por las promesas de oro que les chillaba Chodaruus. Con las primeras bajas, y visto el ardor suicida de los bárbaros, flaqueo su determinación. De poco servían las monedas a los muertos. Gannia gritó nuevas ordenes y los germanos aullaron, enloquecidos. Se aprecian a los legendarios demonios que habían temido incluso las legiones romanas, produciéndose las primeras deserciones.

Chodaruus se separó de sus hombres. Hizo una finta, avanzando hacia la sacerdotisa, después de herir a dos rivales.

Con una nueva treta hurtó el acoso de sus antaño hermanos, corriendo en dirección contraria. Pompedio se apercibió de su pérfido plan demasiado tarde. Maronus, alejado de todos entre los arboles, no pudo escapar del traidor, que lo

---

agarro violentamente, como a un muñeco de trapo sin importancia.

-¡Alto! ¡Deponed las armas o el chico morirá!

Los germanos gruñeron, rabiosos por esa cobardía, mirando a la mujer que les guiaba. Ésta, custodia de la estatuilla, cerro sus puños, llena de ira. Habló en su lengua y siguió en latín, dirigiéndose a sus enemigos.

-No nos rendimos -lágrimas de impotencia abrían surcos en sus mejillas tiznadas-. El futuro de nuestro pueblo prevalece sobre cualquier vida.

Los germanos adoptaron de nuevo sus posiciones de combate, indecisos ante el terrible dilema. Sus oponentes confiaban en la aña-gaza de su jefe, pero temían a los bárbaros.

-¿Permitiréis la muerte de este niño? -recriminó el príncipe-. Lucháis por un mundo que ya no existe ni existirá jamás. Rendíos y os dejare partir. ¡Entregadme a la diosa!

Pompedio no daba crédito a lo sucedido, tan ajeno a su forma de pensar y actuar. Sabía que el traidor cumpliría la terrible amenaza, en una nueva y perversa versión germana del mitológico Tiestes, avergonzándose por no poder evitarlo.

Chodaruus daba la espalda al profundo bosque, abarcando con la vista a los contendientes. De repente, sintió el abrazo de un oso. Tomado por sorpresa, igual que sus partidarios que ni tuvieron tiempo de prevenirle, le fue imposible deshacerse de la presa, propia de alguien aun más fuerte que él.

El chico huyó en pos de su tía. Los germanos, aprovechando la confusión, redoblaron su ataque y pusieron en fuga a los romanos. El mercader reconoció a su salvador. Era Diocles, recordando sus tiempos de reciario. Bendita desobediencia la suya, que podía salvarles. El traidor resistía a duras penas el intento de estrangulamiento del forzado gladiador. En un supremo esfuerzo, el germano se llevó la mano al cinto, desenvainando su cuchillo.

-¡Diocles, cuidado! -alertó su señor.

El aviso llegó tarde. Con sus últimas fuerzas apuñaló el costado del gigante, que acabó desplomándose sobre el cuerpo de su agresor. Llegaron corriendo y giraron sus cuerpos, descubriendo que ambos yacían malheridos.

-Fiel Diocles -musitó Pompedio-. No te muevas. Te curaremos.

Gannia impartió ordenes de cuidar a su aliado herido. El resto de sus hombres acarreo a hombros al príncipe a una zona pantanosa, próxima al Tiberis, encargándose algunos de recoger ramas y

canas. La sacerdotisa recitó un largo discurso en su lengua, atendido respetuosamente y al que todos respondieron con vítores al final. Depositaron a Chodaruus en el agua estancada, cubriéndolo con el cañizo, hasta que pereció ahogado, el destino que daba su pueblo a cobardes y traidores.

-La asamblea le condenó y ha pagado sus deshonestidades. Haré unos emplastos para Diocles, dejándote unos hombres que te ayuden a transportarlo a las puertas de la ciudad. Nuestro exiguo pueblo retorna a sus tierras, cumplida su misión.

-Yo colaboré por Roma. ¿Que será de Clodio y sus manejos?

De su morral extrajo unas runas. Murmuró unas palabras desconocidas y las lanzó, examinando atentamente su posición.

-Como había avanzado, la hora de Clodio ha pasado. Vendrán nubarrones de destrucción, lucharán hermano contra hermano. Después del sangriento atardecer saldrá el sol, iniciando Roma una época de esplendor bajo el impulso de tu líder.

Debidamente atendido, transportaron a Diocles, que no emitía queja alguna, en una improvisada camilla. Pompedio se retrasó un momento para despedirse. Recito una rápida plegaria a la imagen de Nertha, solicitando su futuro favor. Cumplir ciertas costumbres indicaba una vuelta a la normalidad.

-Que los dioses os protejan en vuestro viaje. Ojalá que la guerra termine... mas temo que nunca habrá paz entre nuestros pueblos -eran los únicos que quedaban aun en aquel paraje.

-La rueda del destino teje múltiples hilos, entrelazados en ocasiones, distantes otras. Que Nertha te bendiga.

Con Maronus a su lado, emprendieron la marcha, contactando en pocos pasos con la cola de su grupo. El chico se giró, agitando su mano a modo de despedida del romano.

Escondidos bajo el techo de Fabio, todavía convaleciente Diocles, esperaban la llegada de tiempos mejores, pues su seguridad aun estaba en entredicho. Un gran escándalo atrajo la atención de la casa entera. Las noticias les aturdieron.

-¡Han asesinado a Clodio en la Via Apia, cerca de Aricia! -varios preguntaron cómo había sucedido, solapándose las más diversas cuestiones entre el vocerío-. Las facciones de Clodio y Milón se enzarzaron en una refriega, hiriendo a aquel,

---

siendo después rematado por sus enemigos.

Nertha sea loada, pensó aliviado el mercader.

Eso presagiaba serios alborotos en Roma, donde contaba con un inmenso apoyo popular y la noticia se extendería con celeridad. El pueblo acudió en masa a sus funerales, y arrebatando su cadáver lo introdujeron en la Curia del Senado, quemándola como altar de su cremación. Las revueltas se generalizaron y el Senado nombró a Pompeyo para combatir el caos reinante, concediéndole el mando absoluto.

Las bandas recibieron su merecido, en especial los clodianos, reinando por fin la paz en Roma. Pompedio envió mensaje a su gente para que regresara a la capital, avisando también a Arrunte de que podía volver sin temor de su vida.

-Con Pompeyo como cónsul sine collega, Roma

dorada -sentenció Fabio.

-Llámalo como quieras, pero es un dictador. Acabara con la República. ¿Esplendor? Sí, pero sólo de la mano de Julio Cesar.

Recordaron a Salvio, muerto en los terribles disturbios, cuando hablaba de la evolución cíclica del mundo, según los helenos. Tres edades, representadas por sus correspondientes metales, el oro, el cobre, el hierro, habían rodado sucesivamente sobre el mundo y se disponían a iniciar un nuevo ciclo, después de esta época calamitosa, prodiga en dolor y sangre. Incluso Virgilio lo vaticinaría en su Égloga:

Vuelve el reinado de Saturno,  
ya una nueva humanidad desciende del alto  
cielo.

reverdecerá sus laureles. Empieza una nueva época

---

---

## Héroes

---

Por Javier Ludeña

El mito del héroe es el más común y mejor conocido del mundo. Lo encontramos en todas las épocas y en todas las civilizaciones fundadas por el ser humano, desde las más antiguas hasta las actuales. También aparece en nuestros sueños, y, por qué no confesarlo, en nuestros anhelos más profundos. Su fuerza y su atractivo se basan, para empezar, en su evidente potencial dramático, pero además tiene una importancia psíquica aún más esencial e importante, pese a que quizás no sea tan obvia.

Los mitos heroicos varían mucho en detalle por lógicas razones culturales, pero siempre tienen entre sí gran cantidad de similitudes que los conforman como categoría. Es decir, también parecen seguir un modelo único y universal, replican una y otra vez un arquetipo tan primordial como el de cualquier otro mito (y, como señalé en anteriores artículos, incluso entre civilizaciones que jamás tuvieron ningún contacto), y por lo tanto debe de responder a necesidades superiores en el funcionamiento y regulación del sistema cognoscitivo y psicológico del individuo.

El ciclo, por ejemplo, es básicamente y para una mayoría casi unánime de los casos, siempre el mismo: se relata el nacimiento del héroe, marcado por la desgracia o la humildad de las circunstancias que suelen rodearlo, luego se describe una infancia en la que se dan las primeras muestras de fuerza sobrehumana (Hércules mata dos serpientes, Arturo extrae la espada de la roca, Davy Crockett mata a un oso a sus tres años, etc.), se llega así a los episodios principales que nos narran el rápido encumbramiento y apogeo del poder del personaje a la hora de oponerse a las fuerzas del Mal, cómo éste se convierte en el indiscutible representante de todo lo que es valorado positivamente para la sociedad que ha generado el mito, y finalmente cómo, sin embargo, el héroe cae ante la debilidad de un exceso de orgullo (lo que los griegos llamaban "hybris", y que en la Tragedia era el desencadenante de tantas ruinas) a manos de una traición, o realizando un sacrificio "heroico" como penitencia o pago por sus errores.

Más tarde volveré a este ciclo de momentos ordenados, pero por el momento me interesa resaltar otra circunstancia común para todos los mitos culturales de la humanidad: antes de "aprender" o de "encontrarse con su destino", el héroe suele partir de una debilidad o desorientación inicial que será corregida por la presencia de una figura tutelar, un mentor, un maestro, alguien que le descubre al héroe las tareas milagrosas que puede llevar a cabo (Teseo y Poseidón, Aquiles y Quirón, Arturo y Merlín, etc.). A veces es una especie de "entrenador", otras un maestro, o un consejero espiritual que orienta los pasos del protagonista.

¿Pero qué significa todo esto, y por qué es idéntico para todos los grupos humanos? Digámoslo ya sin circunloquios: el héroe es la manifestación mítica del resorte psicológico por medio del cual la persona encuentra su "ego", su propia personalidad, que es afirmada hasta el individualismo. Pues es de individualismo de lo que tratan todos los mitos de héroes, personajes solitarios que combaten contra la adversidad, o bien personajes destacados entre una colectividad por lo demás amorfa, líderes con nombre y aura trascendente. El hombre escapando de la masa.

Esas figuras semejantes a tutores son, de hecho, representantes simbólicos de la totalidad de la psique, del sistema intelectual y emocional completo del individuo, que están ahí para apoyar al "ego" en su imprescindible eclosión. Para ello le brindan al héroe todas las armas y conocimientos disponibles en el plano consciente. Para reforzar estas teorías que en realidad no son mías, sino (una vez más) de la escuela psicoanalista, haré notar que normalmente en el periplo del héroe son dos los recorridos que este realiza: uno externo, en el cual tendrá que realizar sus hazañas contra el Mal (los trabajos de Hércules, la lucha de Gilgamesh contra el león, la muerte de

---

Fafnir a manos de Sidgrido, etc.), y otro interno, en el cual deberá encontrar algo dentro de sí mismo. Este segundo viaje mágico es siempre más importante que el primero, y sin él ninguno de los triunfos logrados tiene sentido. El héroe tiene un significado de encuentro con el "yo". Tanto dentro de su propia historia, como para el subconsciente del receptor, no representa otra cosa que el acercamiento con ese algo indefinible que cada individuo lleva dentro, y que es capaz de intuir, si bien no es capaz de aprehender.

También en estas palabras va implícito el final de todo héroe: una vez que el "ego" es asumido en la medida en el que la propia personalidad es capaz de hacerlo (en lo cual vuelve a haber muchos condicionantes sociales), el individuo ha alcanzado la madurez, y el mito del héroe deja de tener fuerza, ha de sacrificarse o de ser traicionado. Y en la mentalidad del adulto el héroe deja de significar lo que significó en las primeras etapas de la vida y pasa a convertirse en un simple referente, una parte más de su bagaje cultural.

El Psiquiatra Dr. Radin señaló cuatro ciclos distintos en la evolución del mito del héroe, que reproduzco a continuación no sin escepticismo, pero con intención de razonarlos y confirmar o rebatir con ellos lo dicho hasta ahora:

Al primero de los ciclos le llamó Trickster (el nombre lo tomó de la mitología de los indios winnebago de America del Norte, seguramente lo que tenía más a mano para su estudio). Se trata del más primitivo, una figura mitológica cuyos apetitos físicos dominan su conducta, cruel, cínico, insensible, interesado, frívolo, caradura. En realidad, para entendernos prescindiendo de los indios, podríamos llamarle "héroe granuja". Su objetivo, después de varias vicisitudes encadenadas que le irán aleccionando por medio de peligros, será **madurar**, crecer, convertirse en un ser sensato y abandonar la mentalidad de niño. Dada esta conclusión, poco más queda por añadir. Evidentemente, se ajusta a la razón significativa expuesta ahora por mí. A este grupo de mitos se ajustan muchos cuentos infantiles, personajes de infinidad de fábulas, y muchos héroes modernos con un tipo psicológico que al comenzar la historia es anárquico y egocentrista, pero que al final acaban comprometiéndose con "la causa".

Al segundo ciclo le llamó Hare, por razones análogas al anterior (otra vez las historias ancestrales de los winnebago). Se trata del arquetipo del **héroe fundador**, y así le llamaré yo, si me lo permiten (y los herederos del Dr. Radin no se enfadan) de ahora en adelante. Como se intuye, se trata de un héroe que establece cultura, que transforma. Fundadores mitológicos de disciplinas artísticas y científicas, padres de razas, fundadores míticos de ciudades, etc. Se trata por ello de un ser algo más socializado que parece desbaratar mis cuentas, pero que en realidad no lo hace: sólo nos obliga a trasladarlas a otro plano, el del "ego colectivo", si se me permite la imposible asociación de estos terminos. Son héroes conformadores de grupos a los que dotan de algún medio diferenciador entre todos los demás. Si consideramos por un momento, y a efectos sociales, a ese grupo como una entidad, el héroe está claramente indicándole cual es su lugar y su distancia con respecto al resto, está destacando su individualidad. Y al igual que ocurre con la psicología particular, en cuanto que el grupo está asentado (ha madurado) y sus intereses andan por sí solos, desaparecen o merman de interés. Por contra, cuando el colectivo vuelve a tener necesidad de exaltar su diferencia (el patriotismo ante las guerras, por ejemplo), el héroe olvidado recobra todo su sentido e interés.

El tercer ciclo de mitos heroicos se llama Red Horn ("Cuerno Rojo", que sin duda también era un legendario winnebago), y se corresponde completamente con el héroe que teníamos en mente desde que comenzamos este repaso: es el héroe que mata monstruos, vence gigantes, vive peligrosas aventuras y supera prueba. En él, en el fondo, hay dos temas interesantes: uno, la superación de los mortales obstáculos en sí, símbolo de la necesaria superación en el mundo del hombre de todo lo que se nos opone, lo que nos impide avanzar en nuestras necesidades y en nuestra toma de autoconciencia. Y un segundo tema, que es el del peligro de la soberbia, como icono y simplificación de todo los obstáculos que se nos oponen desde dentro de nosotros mismos. Existe pues un componente de metáfora emocional en estos mitos. El enemigo está fuera, y también dentro del propio "yo". En general, cuando fracasamos lo debemos casi siempre a nosotros mismos. Esto el hombre lo sabe desde niño incluso sin habérselo planteado, es un hecho y una verdad biopsicológica (si se me permite que me invente la

---

palabra), así como intuye todo el "poder" que lleva dentro de sí y todas las consecuencias que su actuación puede tener.

Lo cual enlaza perfectamente con el cuarto tipo de ciclo, llamado "Twins" en honor a una leyenda que le sirve de ejemplo, y que nos habla de dos hermanos gemelos winnebaggo que, habiendo alcanzado toda la gloria y todo el poder de los dioses en virtud a sus gestas heroicas, comenzaron a abusar de su poder.

Es el "hybris", la parte más oscura de la psique, que estando ya representado en los finales de los "Red Horns", se convierte en el auténtico centro y objeto de advertencia de los tipos tipo "Twins". La soberbia y la corrupción del héroe provoca que éste sólo pueda acabar de una manera: con un sacrificio. No les repetiré otra vez todo lo que les conté en mi anterior artículo sobre **sacrificios** (ver número anterior de Qliphoth), baste con volver a entresacar que este sacrificio no implica otra cosa que una transformación, una renovación. Por medio de este acto ritual (que no necesita interpretarse literalmente y sobre la carne, por favor) se pueden domeñar los impulsos individualistas destructivos.

El héroe, del tipo que sea, lucha siempre contra las "sombras", que en psicología contiene todos los aspectos desfavorables. Muchos de esos aspectos forman parte del propio "ego". Por eso en el más rico y desarrollado estrato de los mitos heroicos se entrelazan. La lucha del héroe es la batalla de la liberación de uno mismo.



# QLIPHOTH

Fanzine de mitología

<http://qliphoth.dreamers.com>

<mailto:qliphoth-subscribe@egroups.com>

© 2001 Francisco Ruiz & Santiago Eximeno